

A 466349 DUPL



EL PATIO ANDALUZ

[illegible]

Poema Valencia [illegible]

[illegible]

El Gusano de luz [illegible].

Sonetos, Cantos y Poemas [illegible].

Rueda y Santos, Salvador

EL

PATIO ANDALUZ

CUADROS DE COSTUMBRES

POR

SALVADOR RUEDA

MADRID
Manuel Rosado, Editor
LIBRERÍA NACIONAL Y EXTRANJERA
9, Puerta del Sol, 9

1886

Madrid, 1886.—Est. tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra».

A mis compañeros de Redacción de **El Globo**

SU AGRADECIDO

S. RUEDA



EL PATIO ANDALUZ

Y poco bien que se destaca la pintura tras la labrada cancela, con su plátano abriéndose en opulentos arcos, y sus floreros colgados del techo, que se derraman en olas de verdura!

No quiso la familia soportar durante el verano los rayos del sol allá en los pisos altos de la casa, y echándose los bártulos al hombro, se posesionó de la planta baja, con gran satisfacción de los pulmones, que no recibían la cantidad de oxígeno suficiente, y la lengua pagaba el pato, saliéndose un palmo de su sitio.

Bien es verdad que hombre prevenido vale por ciento, y ya, gracias á Dios, la temperatura es respirable, pues con la evaporación que

se exhala de los jazmines y madreselvas, recobra el aire su equilibrio, y la sangre circula con serenidad por las venas.

Los veinte pies cuadrados que sirven de base al patio, están cubiertos de mármol blanco y limpio; bajo los arcos de los corredores está colocado el piano entre algunas mecedoras que se esparcen acá y allá; una serie de floreros adelanta de la pared, alternando con cuadros y jaulas de alambre; un toldo que se desriza en la siesta y se pliega al caer la tarde, ostenta sus innumerables anillos de hierro presos en largos alambres; porción de macetas abren su balsámico follaje en derredor de los muros, y en el centro lanza al aire sus hilos finísimos una cristalina fuente, en cuya taza nadan los peces de color, como ligeras góndolas de fuego.

En este escenario de la gentileza sevillana, muévense las figuras de la comedia de costumbres, y es de ver el conjunto que forman la característica de más ó menos años, que es la mamá; el severo barba con sus anteojos sobre la nariz, esposo de la característica; el galán, mozo lleno de *circunstancias*, y la dama joven, de tez morena, sonrosado color y ojos de «allá va eso».

El sol, que ya subió bastante cielo arriba, envía con demasiada fuerza su luz, y el *ris ris* de las anillas del toldo, corriendo por los alambres, indica que es llegada la hora de la siesta.

Al acabarse de desplegar el lienzo, pierde en luz el cuadro lo que gana en vaguedad y frescura; apáganse los tonos ardientes; poetízanse los contornos de las figuras; fórmase un á modo de crepúsculo en torno de las plantas, y los colores del toldo refléjanse en la fuente, lo mismo que la luz que se cierne por el tejido, empiedra el suelo de pequeñas lentejuelas de oro.

Todos duermen en habitaciones interiores, excepto D. Anselmo, que se quedó adormecido con *La Cigarra* entre las manos, la cabeza torcida y soplando por un lado de la boca, y Concha, que borda al pasado detrás de la cancela, cantando entre dientes aires andaluces, entre los que da preferencia á las malagueñas. Con voz casi imperceptible no cesa de cantar esta copla:

El amor que tengo á un hombre
Es mata de siemprevivas,
La cultivan mis recuerdos
Y la riegan sus sonrisas.

El rastrear de la aguja sobre el dedal cada vez que da una puntada, y el roce de la hebra al pasar por el tejido, sujeto por ambos lados al bastidor, son los únicos rumores que se oyen en el patio, á no ser que aguzando mucho el oído se perciba la pianísima canturia del canario, que sacudiendo sus alas de oro pálido, se limpia con aseo en la varilla y vuelve á limpiarse, andándose luego con la pata en el cuello y en la cabeza.

El agua tiembla sin descanso dentro de la fuente, deslizándose en imperceptibles rizos hacia las orillas, desde donde se descuelga en alegres rosarios de gotas.

Algún grillo duerme entre la lobreguez de las hojas; varias hormigas suben por los tallos de las flores, y errando, al parecer, el camino, páranse un momento, *reflexionan*, vuelven á andar desviándose á un lado como si por allí fuese su ruta, retroceden corriendo, tallo abajo, y ya cerca de la maceta, vuelven á subir entre las mismas indecisiones é iguales incertidumbres.

Los mosquitos por su parte, cuando no se paran sobre una hoja, zumban *no se sabe dónde*, y á la vez que Concha se da una manotada

junto al oído para ahuyentar al importuno músico, el mosquito Dios sabe á qué distancia se halla, porque la muchacha sigue oyendo de igual modo su sonido monótono, como el de una flauta lejana.

En cuanto á los moscas, bailan su rigodón en el aire, pasando por un rayo de sol, que, teñido de azul, mueve sus millones de átomos luminosos en tremenda algarabía, y mientras uno entra brioso y rozagante en la escala de luz, otro se extingue en la orilla, y aquél forma un remolino, y el de allá sube lento y pausado, y el otro va dando encontronazos á los demás, y todos se sublevan al menor soplo del aire, que no podía por menos de meterse á escandalizar á las moléculas.

Aquella hoja por la que resbala una gota de agua, enseña limpias y vigorosas sus infinitas vértebras y ramificaciones, que partiendo del centro de la hoja, se enlazan, desvían y piérdense en las orillas; por su dorso no se perciben ramificaciones algunas, por hallarse éste cubierto de un leve terciopelo que vela el secreto de tan misteriosa anatomía.

La pesadumbre del calor gravita sobre todo, y un enervamiento general abruma á cuanto

goza de vida: solamente Concha borda unas iniciales sin sentir pesadez ni cansancio; pero no se sabe si la ligereza de su cuerpo la ocasiona aquel desvelo del amor que todo lo torna aéreo, ó lo valiente de su organismo meridional, más lleno de cuerdas que vibran que de tejido y músculos de acero.

Atenta á su bordado, aguarda impaciente el caer de la tarde, y luego la noche, para ver á su novio, que antes faltará á todo lo divino y humano, que dejar de acudir á la reja.

La siesta, ya vencida, va aligerando su peso, y congregada la familia en el patio, empiézanse á oir los primeros preludios de la guitarra, que exhalando sus lamentos árabes, llena el corazón de melancolía y hace desfilar por la imaginación las ruidosas zambras moras y el mundo de recuerdos históricos esparcido por el suelo de Andalucía.

A través de la cancela vése la calle llena de gente, entre la que cruzan graciosas mozuelas con la cabeza llena de flores, menudo pisar ajustado á ritmo provocativo, y un espontáneo chiste en los labios; también cruzan la tostada y airosa gitana; el famoso vendedor de flores, cuyo pregón es un canto melodioso; la alegre

cigarrera, más diestra en dimes y diretes que en el arte de liar cigarros; el chalán apergaminado con sus patillas de boca de hacha y su bordada pechera: todo lo que es característico de la tierra, desfila por delante de la cancela, ménos llena de adornos y arabescos, que el patio andaluz de pródigas bellezas.

Por la noche, la jovialidad y el buen humor dan sus tonos alegres á la pintura, y tan pronto escúchanse las elegantes notas del piano, como el gemir de la vihuela.

A esta escena, cuando ya todos se han entregado al sueño, sucede la de la reja. Todos los giros con que se expresa el amor salen de una y otra boca de la pareja, mientras la luna derrama su luz soñadora sobre las plantas, ó alguna ronda atraviesa por las aceras, donde aun se siente caer con monótona melodía el agua del balcón regado.

Ruidoso tropel de trasnochadores cruza el fondo de la calle entre voces desentonadas y coros de risas; las siluetas de las torres tienden su sombra sobre las casas, y también el sereno da de tiempo en tiempo su *Ave María purísima*, que se pierde en la soledad de la noche.

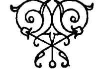
La pareja no interrumpe por nada su colo-

quio; sólo viene á cortarlo como espada suavísima, el primer rayo de luz.....

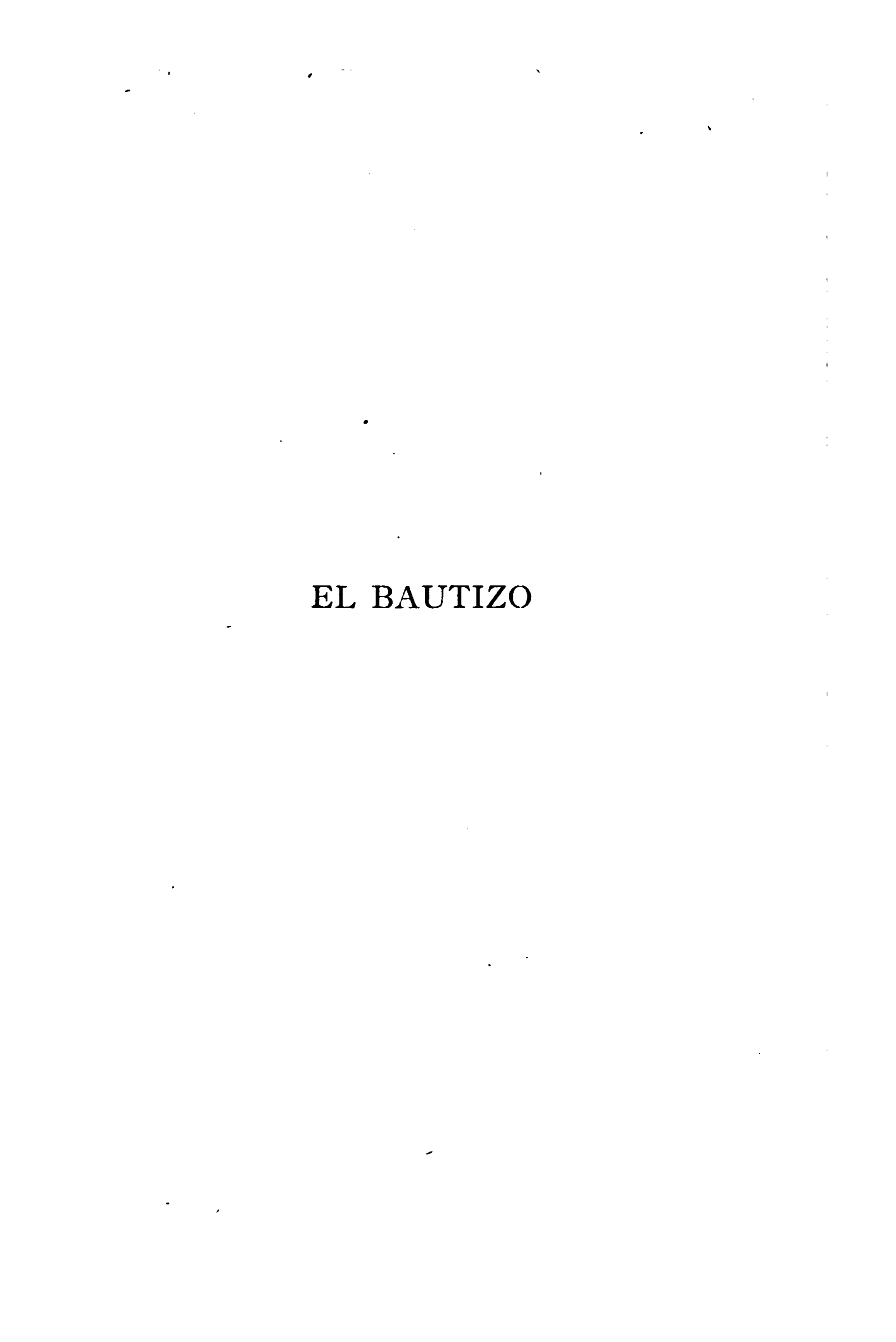
¡Oh costumbres de Andalucía! ¡Oh patio alegre y delicioso!

Cuando lleno de vagos ensueños, toco, para olvidar penas, la guitarra, no es extraño que cante al compás de sus cuerdas aquella triste copla que dice:

Cuando salí de mi tierra
Volví la cara llorando,
Y le dije, «tierra mía,
¡Qué lejos te vas quedando!»







EL BAUTIZO



EL BAUTIZO

AL SEÑOR DON JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

CONFIESO que esta vez me hallo dispuesto á echar una cana al aire, ya que se presenta la ocasión, no agarrándome á ella por un cabello, sino accediendo gustosísimo á la invitación del padre del niño, que si hemos de ver, es de lo mejorcito del pueblo, pues en tierras, Dios sabe las que posee, y todas plantadas de vid y de ciruelos, que ya tiran de largo arrojando al año cantidad de mosto y cajas de pasas.

Por supuesto que Lesmes supo ahorrar desde su juventud, y auxiliado después por aquel ejército de hijos que le dió su mujer (Dios la

bendiga), su casa fué subiendo y subiendo como la espumita en el agua, y echó primero recua, luego compró una casita, después una dehesa, más tarde un molino, y héteme á Periquito hecho fraile, porque fraile y hasta arcipreste es eso de andar á suerte con los posibles, y no parar de echar rumbo, logrando llamarse don el que antes no era más que *din*, y recibiendo sombreradas de todo el mundo, como si se tratara del gran Tamorlán de Persia.

Es el caso, que Micaela no había querido colgar la espada, como dicen por allá, y á lo mejor la buena de la mujer se alcanzaba la barba con el vientre, y allá te va con otro nuevo retoño, por si habías querido decir algo.

Por lo demás, esta vez había salido mejor que nunca de su cuidado la fecunda Micaela, y siguiendo antigua costumbre, el bautizo debería ser sonado, no quedando en diez leguas á la redonda quien dejara de asistir á la fiesta, donde iría cada moza acompañada de su Don Cuyo, que á bailar la sacaría, concurriendo también todo el que quisiera mojar la garganta con un trago de aguardiente, ó endulzarse el paladar con un tierno y delicado *mostachón*.

El lecho que Micaela se había hecho prepa-

rar para la noche del bautizo, mostraba todos los ringorrangos de ordenanza, y tras el embozo de la sábana, todo bordado por Micaela allá en sus mocedades, extendíase la pintoresca colcha salpicada de pajarracos, bajo la cual abría sus pliegues el andaluz *roapié*; y á más de los encajes de las almohadas y los torneados palos del lecho, veíanse en la habitación cuadros y sillas, todo limpio y reluciente, esparciéndose por la estancia un leve y especial olorcillo de sahumerio, mezclado con otro no menos especial olor así como de parida ó de cosa referente á tripotaje.

El dicho olorcillo de sahumerio, me atrevería yo á decir, pasando por la calle, cuándo venía de cuarto de parida y cuándo no.

Digo, pues, que no bien anocheció, hora en que se celebraban los bautizos en el pueblo, cuando los convidados, que entre todos no juntaban cuatro dedos de enjundia, fueron llegando á casa de Lesmes, bajo el amplísimo vuelo de sus capas, altas de cuello, si largas de faldamenta, luciendo en la pechera de la camisa las gracias y primores de tal ó cual moza, que también feriando su talle, se iba apareciendo seguida de algún tocador ó cantador;

prueba esta última, de que no sólo lo empingorotado iba á verse junto en casa de Lesmes, sino que también estaría en el bautizo lo mejor del pueblo tocante á lo *gañido*, *mayado* y *tañente*.

Hombres de poca alfangía fueron, en verdad, los que no cesaron de llegar durante largo rato, sacando muy luego el padrino unas copitas de aguardiente, antes como comienzo de la fiesta que como fin y remate; á cuyo acto, y una vez enjuagada la garganta con este aperitivo, sacó la madrina el bicho mamante, ó séase el niño, y terciándolo sobre sus brazos, púsose en marcha, llevando en su seguimiento numeroso grupo de personas, todas las cuales llevaban el encargo de Micaela de que el cura cargara la mano en cuanto á la sal, pues no estaría bien que el niño no resultara á lo último gracioso.

Ello es que entre paso y paso llegaron á la iglesia, donde ya ardían las velas en los candelabros; hallábase engalanada la pila bautismal con un paño de seda rojo, y veíase asimismo en la puerta, y dentro de la iglesia, el más zumbador enjambre de chiquillos que puede imaginarse, no cesando cada cual de atolondrar

los oídos con su interminable *pelón padrino*, ó su *roña, roña, que el niño no tiene moña.*

Salió el cura revestido con todos los adminículos, y empezando por un latín que hizo reir á los jóvenes, hallóse rodeado por la concurrencia, que deseosa de ver la cara inverosímil al muchacho, empinábase á más no poder, con la risa en los labios, mientras el niño no cesaba de dar su agudo mayido, que iba á perderse en las alturas de la iglesia, resonando antes en los muros.

Rodeando el *banco de la justicia*, hizo el cura una segunda parada, acabada la cual, y mientras se llegaba á la tercera y última, hizo rezar á todos una Salve y un Padre nuestro, entrándose por fin en el bautisterio, que contenía en uno de sus lados un arcón lleno de velas y cirios, al que con grande algarabía subieron algunos muchachos para ver el desmoñamiento del recién nacido y al cura echándole el chorro de agua, formando tres cruces, con acompañamiento de lloriqueos y untos de óleo sobre la mollera.

Repicaba, en el ínterin, el monaguillo, tirando de los cordeles de las campanas, atento para cuando terminase la ceremonia; así es

que con un ojo puesto en Dios y otro en el diablo, hacía vibrar la *gorda* y la *mediana*, para que satisfecho el padrino del repique, le diera sus consabidos diez y siete cuartos, que, caso, y más que alguno, se dió, en que tras de tanto repicar, no pudo ni recoger el *pelón*.

Fué saliendo la comitiva de la iglesia, y pronto vióse otra vez en casa de Lesmes, donde la madre del niño recibiólo alborozada en sus brazos, dejándolo después agarrarse á la teta, con ese ciego instinto de los recién nacidos.

Templáronse inmediatamente los instrumentos, y luego que el tocador hubo ejecutado en la vihuela un punteo de *recursos*, rompieron á una platillos, violines y guitarras, oyéndose en seguida el repicar de las castañuelas, que manejaba una linda muchacha, á la que ya aguardaba el bailador *á que saliera*, sentado en el muslo de otro mozo crudo, que de vez en cuando estiraba el cuello, escupiendo con asco por el colmillo.

La pareja vióse por fin en medio de la concurrencia, y el acompasado *chascarrás* de los palillos dió la señal de que empezaba el fandango.

Mudanza va, mudanza viene, seguíanse los bailadores uno á otro con los brazos por el aire, arrancando á la concurrencia dulces piropos y gritos de entusiasmo. Tal iba la bailadora de bella sobre los pies, que quitaba la vista, y todos poníanse á atalayar con la mirada aquel trozo de almíbares y canela, que con el mayor recato, y siempre los ojos fijos en el suelo, dió al terminar, á cada mozo, un tocamiento en el hombro, en señal de abrazo, *paga* á que la bailarina se sometía de buen grado, siguiendo la costumbre establecida.

El padrino y la madrina deshacíanse ofreciendo aguardiente y bizcochos á los convidados, que después de templar el gaznate, perdieron la timidez, y empezaron á vaciar copas de firme.

Lesmes, animado por el ejemplo del baile, quiso echar también su cuarto á espadas, y allá te va con su porción de mudanzas, en las que dió cien encontronazos á la pareja, que arrancaron otras tantas carcajadas al auditorio.

— ¡Vaya una mijita! — brindaba un convidado al apuesto tocador, el cual ponía la boca en forma de embudo, sin quitar las manos de las cuerdas, y el otro le echaba gaznate abajo

la ración de aguardiente, que arrancaba dos lágrimas al bebedor.

- -¡ Por la de usted, compadre!—añadía Lesmes en tono jovial, dirigiéndose al padrino.

—¡Moje usted esos labios, lucero!—decía un mozo á su novia, probando ésta apenas el licor con los labios, y no alzando los ojos del suelo ni por esas.

—¡Ande la broma, ande la broma!—rezaba á cada instante el padrino.

Otra pareja de baile al centro; nuevas coplas de los mozuelos, y al terminar, un espantoso tiro, lanzado al aire, por el novio de la bailadora, cuya detonación apagó la lúz, hizo dar un brinco á la parida, tiró los peroles de la chimenea, y la casa quedó apestada de humo de pólvora.

La *aludida* ruborizóse, llena de orgullo, á tiempo de sentarse, y fué mirada con envidia por las demás mozas.

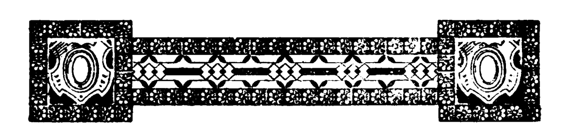
Ya llena la casa de gente que fué llegando de todos lados, un hombre de recios pulmones dió desde el umbral el consabido grito de «¡fiesta, á la calle, que está el pueblo encima!» y una bocanada de gente salió por la puerta, siguiéndole otras y otras, hasta que ya en la

calle todo el mundo, colocáronse de nuevo los asientos, y la fiesta volvió á arrellanarse bajo la techumbre del cielo, donde podía extenderse á sus anchas, sin temor de tropezar en las vigas.

Mas no hemos de salir nosotros también á los cuatro vientos, que por haber ido á cierta velada cursi, donde se dicen versos, estoy resfriado; y dejando á los mozos y mozas bailar el clásico fandango de mi tierra, que vale más que todas las farándulas y rigodones traídos de extranjis, enciérrome de nuevo en mi concha como el caracol, hasta que salga para trazar el cuadro de *Noche-buena*, que por anticipado, ya envía á mi olfato su olorcillo á tortillas y borrachuelos, y abre ante mis ojos el negro fondo de la chimenea con su enorme campana y su vivo fuego, que á cada restallido de los troncos, cúbrese de una brillante constelación de chispas de oro.



LA NOCHE-BUENA



LA NOCHE-BUENA

AL SEÑOR DON BENITO MÁS Y PRAST.

Nos hallamos en Andalucía.

La tarde, llena de vagos rumores, empieza á declinar.

Algunas listas de fuego se extienden á lo largo del ocaso, y el color azul del cielo se trueca en violado, rojo ó cárdeno, según que la luz con mayor ó menor intensidad descompone sus rayos en el aire.

Sevilla y Málaga y Córdoba, como el resto de Andalucía, y como el resto de España, penetran en la Noche-buena con su estrépito de almireces, el fragor acompasado de sus zambombas y el ruido de sus cien mil panderetas,

cuyo estruendo, unido al de los villancicos alegres, al de las canciones populares y al concierto de bandurrias y de guitarras, forman ese extraño conjunto, vago y poético, que en vísperas de Pascua caracteriza á la hermosa nación española.

Apenas en el hogar, templo de todo lo más santo en esta noche, se encienden las luces, cuando ya innumerables comparsas, provistas de estandartes, luces de bengala, enormes panderos, trajes é instrumentos, atraviesan por todas las calles de la población, excitando el entusiasmo, y llevando tras de sí esas graciosas turbas de rapaces, que con sus carcajadas y gritos, dan más carácter al cuadro deslumbrador y fantástico.

Mientras así va la gente entonando á coro canciones donde se mezclan y vibran todos los sentimientos nacionales, en el hogar, no muy lejos de la ahumada chimenea, que ostenta su inmensa campana, bajo la que arde difícil castillo de troncos, la madre se goza en avistar cuidadosamente la cena, que habrá de ser por demás espléndida, toda vez que esta noche no tienen cabida en el alma las penas, y las risas trinan como pájaros en los labios, y

las danzas estallan al compás de los corchos de las botellas, y el vino ríe á carcajadas cayendo en las copas resplandecientes.

El cuadro es encantador. Al lado de la joven de encendido semblante que bulle entre un campamento de platos, tazas, jarros de cristal y fuentes de fondos rameados, el muchacho que á la lumbre se calienta, ó mira embebecido la llama azulada que oscila y tiembla sobre los troncos como agitada cimera, ó juega con el gato, al que hace sacar las secretas uñas, mientras vuelto hacia arriba se revuelca en el trozo de manta que cuelga de una silla, donde un anciano, el abuelo de los chiquillos, mueve de acá para allá las tenazas, cogiendo el carcomido tronco, que empuja nuevamente al centro de la lumbre, ó prende fuego con un ascua al cigarro, dejando de hacer arder, por esta vez, la yesca, á los consabidos golpes del pedernal y del acero.

En el extremo de la cocina, que es donde tiene lugar la cena, se alza detrás de una silla la escopeta; una ventana llena de grietas, cuyas hojas ni llegan arriba ni tocan abajo, muestra, á más de recia tranca que la cruza de parte á parte, un enorme y oxidado cerrojo, que eje-

cuta una sinfonía de chirridos cada vez que se cierra; en el vasar descuellan sobre las tazas puestas boca abajo, cien pequeñas figuras que representan, ya un nido de porcelana, ya un gallo trasparente con alas de cristal, ó bien un perro diminuto que observa con la misma inmovilidad y fijeza del barro; en un extremo de la estancia, asoma por detrás de un banco de madera el tieso carrizo de la zambomba, que al menor roce del cercano vestido da una nota ronca y ridícula; una fila de sillas hace alto alrededor de la cocina, cuyos asientos muestran desportillados agujeros, y por último, el techo se extiende sobre los revueltos circunstantes, con sus vigas informes y torcidas, sus tomizas enroscadas á las maderas, sus listas de cañas oprimidas unas con otras, y sus nidos de golondrinas, tristes y desiertos.

Colgado de un clavo pende el negro candil, dentro de cuya taza culebrea la esponjada torcida que arde en el puntiagudo mechero, enviando á la habitación rayos macilentos.

En un lebrillo de barniz verde y brillante, donde hay pintadas multitud de aves de largas plumas, bate la masa, ya en punto, la gallarda moza, en tanto que la madre de la joven deja

caer en el aceite blandos aros en forma de buñuelos, los cuales dan un grito agudo al tocar el líquido y atraviesan á nado hasta las orillas, donde, sufriendo en los bordes el cosquilleo espumoso del aceite, van poco á poco tornándose del color del oro.

Una lanza de hierro los ensarta, ya fritos, y traspórtalos á otra enorme fuente, no menos pintarrajeada que el lebrillo.

Tal se hacinan sobre ella los buñuelos, que la fuente acaba por convertirse en pirámide; y mientras en distintos platos se colocan, ya las tajadas del hebroso bacalao, ya los huevos con las aceitunas, ó ya el blanquísimo arroz con leche, los chiquillos empiezan á mojar rubias tortillas en trasparente miel, echada á exprofeso, con escasa medida, en el fondo de *plato fino.*

Cuando en estas y otras tareas semejantes se muestra más afanada la familia, aparece en el umbral de la puerta el resto de la misma, que componen tíos y tías, sobrinos y sobrinas, hermanos y hermanas, cuñados y cuñadas, y todos los demás descendientes del abuelo, cuál con un plato de dulces, quién con un cesto de fruta, el de allí con un cucharón enorme que ame-

naza dejar á todos sin comer, y el de allá, por último, con la repleta bota á la espalda, que después del saludo, alarga al abuelo, éste á su vez la da á la madre de sus nietos, la madre de éstos á su esposo, su marido á la cuñada, y ésta, por fin, la inclina sobre un enorme vaso, que, una vez medio de vino, entrega á la gente menuda, no sin dejar de tasar ella los tragos, ni dejar tampoco de arrebatar el vaso de manos de aquél que permanece demasiado tiempo con la cara puesta hacia arriba.

Á todo esto, ya los chiquillos de ambas familias han hecho el alegre tejido del juego, y nada permanece en su sitio, ni al abuelo se le deja en paz, ni cesan los chillidos y las carreras, ni tampoco se deja de oir de vez en cuando el tronido de algún plato que se rompe, ó de verse correr el agua de alguna copa vibrante, que rueda, formando trinos, sobre el suelo.

Pasada la efusión de los primeros momentos y acabada de preparar la cena, aproxima cada cual su asiento en torno de la mesa, y como en años anteriores, la familia completa, y hasta aumentada, da principio á la comida con el clásico potaje de garbanzos, después que el abuelo ha bendecido la cena.

La tropa menuda, que forma en mesa aparte, no cesa de mover algazara, y una mujer de la familia, la más dulce y cariñosa, se encarga de estar á la vista del pequeño festín de los muchachos, ya haciéndoles los platos, ya prendiendo nuevamente la servilleta al que la deja caer, ó ya imponiendo silencio á aquella zumbadora colmena de abejas alegres, que nunca llega á ver saciada su glotonería.

No bien en la otra mesa se ha llegado á la mitad del primer plato, cuando una descomunal sopa de pan aparece en su centro, señal segura de que nadie puede seguir comiendo mientras no circulen las radiantes copas.

Llénanse los vasos, y después de empinar cada cual el suyo entre francas risotadas, guiños maliciosos y rancias sentencias, sácase la sopa de la fuente, y prosigue la bulliciosa cena.

Describir los incidentes graciosos, las felices ocurrencias y el movimiento de vasos, cucharas, botellas, tenedores, tazas y fuentes, sería punto menos que imposible; se necesitaría poseer la ejecución de Fortuny..... la paleta de Goya ó de Teniers, para expresar el prodigio de luz, viveza y gracia.

Cuando el último muchacho se ha rendido

al sueño, y todos sus demás compañeros duermen junto á él en mullido é improvisado lecho, y cuando el rescoldo de la chimenea se ha amortiguado, y el anciano ha referido á los chicuelos un largo cuento de *encantados y princesas*, salpimentado con las consabidas frases de *Pues señor*, *érase que se era*, *Cuenta que contarás*, *¿Qué mal te quiere que por aquí te envía?* y otra porción de fórmulas dictadas por el sabroso castellano antiguo, las mozuelas, poniéndose de veinticinco alfileres, y los mozos, estirándose bien la faja y envolviendo el semblante en las vueltas de la española capa, lánzanse todos á la calle en dirección al templo, donde á punto de las doce da principio la celebrada *Misa del Gallo.*

Las calles retiemblan bajo el peso de las comparsas, músicas, patrullas, bandadas de muchachos y fiestas ruidosas, en las que resuenan las alegres sonajas, los punteos de guitarra, el eco de las canciones, el estrépito de las charangas y el fragor de los gritos, carreras y disputas, todo lo cual flota, ondula, mécese y reverbera como mar fantástico, donde á la vez arden cien luces de bengala, con que alumbra su paso la muchedumbre.

En las demás iglesias. como en la catedral, la gente se funde y se codea en incesante hervidero, viéndose en esta noche confundidos el vulgo y la aristocracia, la dama elegante y la graciosa hija del pueblo, el mozo de sombrero sobre la ceja y el petimetre de ceñido traje é innecesarios quevedos.

Las naves de la catedral relucen con sus cien mil arañas y candelabros, y bajo sus arcos retumba el órgano majestuoso, lanzando notas aflautadas y roncas.

Por la puerta principal, casi cubierta de chapas metálicas y gruesos clavos de hierro, avanza una comparsa provista de zambombas y bandurrias, y por un momento vense confundidos bajo los arcos, el tremendo rugido del órgano, y la popular y alegre fermata de la malagueña.

Terminada la misa entre multitud de villancicos entonados por voces atipladas como de ángeles, la gente empieza á salir lenta y trabajosamente, produciéndose barullos y horribles empujones, desmayos de señoras y alaridos de viejas.

Las calles vuelven á recobrar por un momento su insoportable ruido, y cuando ya cir-

cula sólo la gente moza, nunca dispuesta á acostarse, ármase en tal ó cual casa ruidosa zambra, donde el baile ondula, el canto resuena, y el vino ardiente se desborda.

El día próximo es primer día de Pascua. Los muchachos sueñan con su aurora como pudieran hacerlo los pájaros. Al pie del *Nacimiento* se han hecho extender la cama, y aguardan entre sueños próximas alegrías. Si bañara la luz sus semblantes, les veríamos sonreir dulcemente y agitar las manos cual si se hallasen despiertos y hablaran con otros camaradas.

En un rincón está el *Nacimiento*. Una pequeña montaña, cubierta de nieve por las cimas y de inmóviles ríos por las faldas, sostiene la balumba de árboles, riscos, cabras, ovejas, gente de á pie, gente de á caballo, pequeñuelos zagales con regalos á la espalda, pastores con delicados presentes, crestas, barrancos, veredas, caseríos lejanos, y por último, galopando sobre el camino que culebrea y desciende á la llanura, los tres *Reyes Magos*, caballeros en tres soberbios corceles, que siguen la estrella de hojalata, colgada de rama macilenta.

En el portal, preside la fiesta un San José

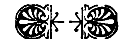
de barro, enfrente de quien mira al recién nacido una pequeña Virgen, con su manto de colores, su corona de rayos de oro y su semblante de rosa. Por entre la respingona mula y el paciente buey, asoma su microscópica cabeza el Niño de Dios.

La noche rueda misteriosa.

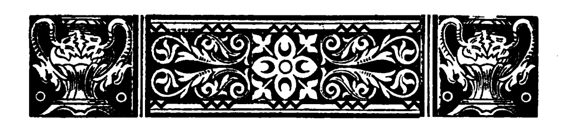
Ningún eco se percibe.

En las calles, ha reemplazado el silencio á la algazara. La luna alarga las sombras de las torres, y silba en las chimeneas el viento; en el hogar, donde no reina ya sino la sombra, enseña el gato sobre la ceniza los redondos ojos de esmeralda, luminosos y fantásticos; los ramajes hablan con tembloroso murmullo, y a lechuza grazna sobre las tumbas.

Los sauces cabecean de sueño.....



LA MATANZA



LA MATANZA

AL SEÑOR DON EMILIO DE LA CERDA, AUTOR DEL LIBRO «TIPOS DE MI TIERRA».

Es la media noche.

Quien vagára por la ancha cocina de la casa, sólo podría percibir algunos tizones á medio apagar, debajo de la chimenea, en la cual silba el viento con sonido lúgubre.

Y si una luz alumbrase la escena donde han de moverse las figuras de este cuadro, podríamos ver en el extremo opuesto al de la lumbre, un saco tendido en el suelo, rodeado de piedras de moler sal, y gran cantidad de ésta en el centro, blanca como la nieve, y menuda como la arena.

Sobre la tabla de la chimenea podríamos también observar un viejo cajón de madera, lleno de pequeños paquetes de papel de estraza, conteniendo, ya los clavos olorosos, ya la pimienta triturada, ó ya la molida canela, á cuyo lado se ven, en sus separaciones respectivas, otras mil especias que, distribuídas convenientemente, habrán de dar condimento á las distintas partes en que puede dividirse un bien tajado cerdo.

Si entramos por el pasadizo adelante, podemos asimismo descubrir, al lado del lebrillo que habrá de recibir la sangre, un retorcido camal de granado, con sus mortajas en las puntas, hechas para sujetar en ellas los tendones de las patas del cerdo; lindando con la faca afilada en la piedra maciza del empedrado, los embudos de llenar las morcillas; cerca de los limones que servirán para lavar el menudo, la caña puntiaguda por los extremos, que cumplirá su cometido sujetando la protuberante panza del marrano; vecino á la soga que sostendrá á éste del techo, el puchero portador del agua caliente, cuyos chorros caerán sobre la piel del cerdo para que los filos de los cuchillos la dejen blanca y reluciente; y al lado,

por último, del dorado almirez que molió las especias, la enorme caldera, con sus clavos remachados, su asa descomunal y su seno brillante y cobrizo.

La familia duerme á pierna suelta, aunque bien puede asegurarse que los muchachos entrecortan su sueño creyendo oir los dolientes gruñidos del animal, y que la moza de la casa mira por las junturas de las maderas si ya empieza á alborear el día, para dar principio á la tragedia.

En la pocilga gruñe reposadamente el cerdo, que desde el día anterior no ha catado grano, según mandan antiguas leyes del arte de las matanzas.

Tendido en el suelo, no cesa de pestañear en la sombra, moviendo de un lado para otro el retorcido rabo, de cuya punta cuelgan algunas enroscadas cerdas.

La pileta del agua, como la del maíz, están completamente vacías, y en techado vecino á la pocilga se oye el incesante cacareo de gallos y gallinas que duermen sobre una larga viga, sosteniendo en un pie la balumba del plumaje y la cordillera de la cresta.

Alguna vez óyese fuerte aleteo, como de al-

gún ave que se cae y que mueve las alas para lograr su puesto, produciendo este estrépito otros mil, más acentuados, de las demás gallinas, á los que acompañan cantos de gallo, picotazos dados á oscuras, y ruidosos é interminables cacareos.

Cubre el corral una inmensa parra, la primera del contorno, y muestra algunos colgantes racimos empapelados, que habrán de cortarse para ser devorados en el espléndido almuerzo.

Sobre la tapia del corral se extiende á lo largo una hilera de macetas, que en Abril pone á los muros un traje de flores.

En una cuadra, cuya puerta da al mismo corral, hay hecho de antemano un sitio donde se levanta una hornilla formada de piedras, sostenedoras de una caldera llena de agua, que sólo aguarda para rugir, haciendo borbotones, que una mano prenda fuego á los troncos acumulados bajo ella.

De pronto óyese el correr de un cerrojo, y después el rechinar de una puerta. Es que el tío Pausa se levanta á consultar los *astillejos*, por si es hora de dar comienzo á la tarea.

Un descomunal bostezo es el saludo que hace al salir á la calle, desde la cual mira al cielo,

indagando las horas y hasta los minutos que marca el gran reloj celeste.

No tarda en entrar en la casa y dar jocosamente el toque de diana, formando bocina con las manos, el cual, apenas oído, hace salir á medio vestir, de las habitaciones, porción de personas y de chiquillos, quién restregándose los ojos, cuál desperezándose con lentitud, y algunos, por último, haciendo esfuerzos por reirse, componiendo todos estos seres la muy noble y mejor acomodada familia del tío Pausa.

La primera diligencia de los muchachos, no es otra que la de ir de parte del padre á llamar al Sr. Fulano ó al Sr. Zutano, amigos y parientes, que habrán de ayudarles en el trajín de la matanza, á los que, como recompensa, harán sentarse á la mesa con ellos, á saborear el célebre almuerzo llamado *de la asadura.*

Beben los chiquillos los vientos, cruzando las calles, porraceando tal ó cual puerta, y al cabo de una larga hora en que han ido reuniéndose los convidados, pónese manos á la obra, no sin antes haber tomado *la mañana,* compuesta de sendos tragos de aguardiente, que el tabernero vendió á aquellas horas entre refunfuños indigestos, despereza-

miento de brazos, y contar y volver á recontar el dinero.

El tío Pausa pega fuego á la leña puesta bajo la caldera del agua, y pronto ésta empieza á hervir, entre las lenguas de llamas que suben á los bordes de la vasija.

El cerdo, una vez abierta la pocilga, ha empezado á salir dando pequeños avances, haciendo paradas breves y gruñendo á cortos intervalos. Pero poco tiempo llega á contonearse, porque uno de los convidados, hombre de gran fuerza, le tumba del primer empuje, y entre tres personas más, lo suben á una mesa, colocada al efecto, desde donde empieza á alborotar el pueblo con sus gruñidos.

Las mujeres van de acá para allá, ayudando á éste ó acudiendo al mandato del otro, mientras la esposa del tío Pausa aproxima el vidriado lebrillo, poniéndolo debajo de la papada del cerdo, esperando que su marido descargue la terrible cuchillada.

Pero he aquí que á su esposo le da risa en este momento, y contagiando á los demás, apenas si alguien se siente con fuerzas para sostener el marrano, que se zarandea y hace por escapar.

Las carcajadas van en aumento, y á cada nueva sacudida del cerdo, hay una nueva sacudida de risa, que se prolonga indefinidamente.

El tío Pausa, que mueve todo el vientre cuando ríe, excita más y más la hilaridad, y por un momento el animal arrastra á las personas, y casi llega á escaparse; pero al ver que la cosa va de veras, restablécese la seriedad, y el encargado de hundir el cuchillo, da por fin la puñalada, honda y lenta.

El caño de sangre producido al salir la hoja de acero, se despeña en chorro humeante sobre el lebrillo, donde al punto introduce la mano una mujer, moviendo acompasadamente el líquido.

Todos fijan su atención en el caer de la sangre, y sólo apartan la vista de ella cuando el animal se retuerce con las ansias de la muerte, disparando coces á los que le sujetan.

Los gruñidos van siendo cada vez más roncos, hasta que por último quedan reducidos á un estertor profundo, acompañado de pequeños estremecimientos.

Cae la última gota de sangre, y mientras se retira el lebrillo, cuyo contenido sigue mo-

viendo la mujer del tío Pausa, puesta de guante rojo, su esposo introduce en la herida un pedazo de trapo blanco, y alzando entre todos, en vilo, la masa muerta, tírase, por un lado, de la mesa, y el cerdo desciende con majestad sobre una manta extendida en el suelo.

Los hombres se pasan la mano por la frente, sacudiéndose las gotas de sudor.

El más hábil de ellos en el manejo del cuchillo, haciendo al cerdo puente con las piernas, empieza á abrirlo, trazando fuertes hendiduras, y según que avanza en su tarea, se ponen á mirar hombres y mujeres, aproximando estas últimas, bien el cesto vestido de blanco paño, para depositar el menudo, bien una orza donde ir echando los pedazos de manteca.

Los chiquillos de la casa, van de acá para allá, alrededor de la concurrencia, esperando la vejiga que, una vez en su poder, salen á la calle, sin temor al frío, y buscando piedra á propósito en el empedrado, empiezan á sobarla, y después á llenarla de viento, y luego á sobarla nuevamente, y después á volverla á llenar de aire.

Tanto dan en esta tarea, que proto la vejiga

no tendría precio para un rabel, pero los muchachos se dan por contentos con atirantarla á fuerza de viento, produciendo luego con éste toda clase de ruidos, bien que ninguno muy armonioso. Ya, acercándose por detrás, sin ser notados, á la abuela, le disparan junto al oído un sordo trueno que la hace estremecer; ya se persiguen unos á otros, arrojándose el aire sobre la cara, ó ya, por fin, empiezan á darse fuertes testarazos con ella en la cabeza, cuyos golpes producen huecas detonaciones.

El tajador ha llegado al fin de su tarea, y el coro de gente que mira ha seguido con la vista las más pequeñas operaciones, no sin dejar de salpimentar, entretanto, la conversación con chistes oportunos, felices ocurrencias y gestos graciosos y picarescos.

Introdúcese el camal en los tendones sacados de las pezuñas traseras del animal, y amarrando á él larga y fuerte soga, formando dobleces, métese la punta opuesta en nudosa y retorcida viga, empezando la ascensión del marrano, entre esfuerzos poderosos y respiraciones dificultosas.

Mas apenas se han hecho los primeros esfuerzos, estalla de nuevo la risa, y en tanto

que principia á menear el vientre el tío Pausa, los demás pugnan por soltar la carga que sostienen, la cual al fin se les viene abajo, dando el animal contra el pavimento atronador *guarrazo.*

Contágianse todos de la risa, y durante un cuarto de hora nadie puede echar la palabra del cuerpo, y éste hace señas de que callen, y aquél se sujeta los ijares con las manos, el de allá queda traspuesto de una carcajada, y todos se espurrean el rostro, al querer hablar, apoyando la frente en las paredes, dándose golpes sobre las rodillas, y cayéndose algunos al suelo.

Vuelve á restablecerse el orden, y mediante diez ó doce fuertes tirones, queda suspendido al techo el cerdo, apresurándose una mujer á ponerle un plato bajo el hocico, donde empiezan á caer gotas de sangre.

A todo esto, ya se ve en las fuentes picada la asadura, y descascarados los limones, y preparadas las especias, y todo, en fin, puesto en orden, para continuar la tarea al día siguiente.

La luz del alba empieza á dorar los cielos, y estalla con estruendo la turba de gorriones, primero lanzan píos entrecortados, des-

pués más ruidosos cantos, y por último cien y cien laberintos de alegres exclamaciones.

Por entre las hojas pajizas de la parra, empieza á cernerse la luz, que tropieza con el rocío, y las gallinas saltan del gallinero, clavando, al andar en la sombra, el acerado pico, en tanto que alargan el cuello y miran de soslayo como buscando claridad.

En el pueblo se dejan oir los primeros rumores de la mañana, y algunos arrieros atraviesan la calle con su recua cargada de fruto, á cuya punta abre paso el enjaezado *platero* con su descomunal cencerra atada al cuello, nunca cansada de dar al aire su consabido *dan-dalan-dán*.

Los personajes de la matanza se han quedado dormidos, cuál en una silla, aquél recostado en un escalón, éste en una cama improvisada, y el tío Pausa en su amplio lecho, á la sazón compartido con su mujer.

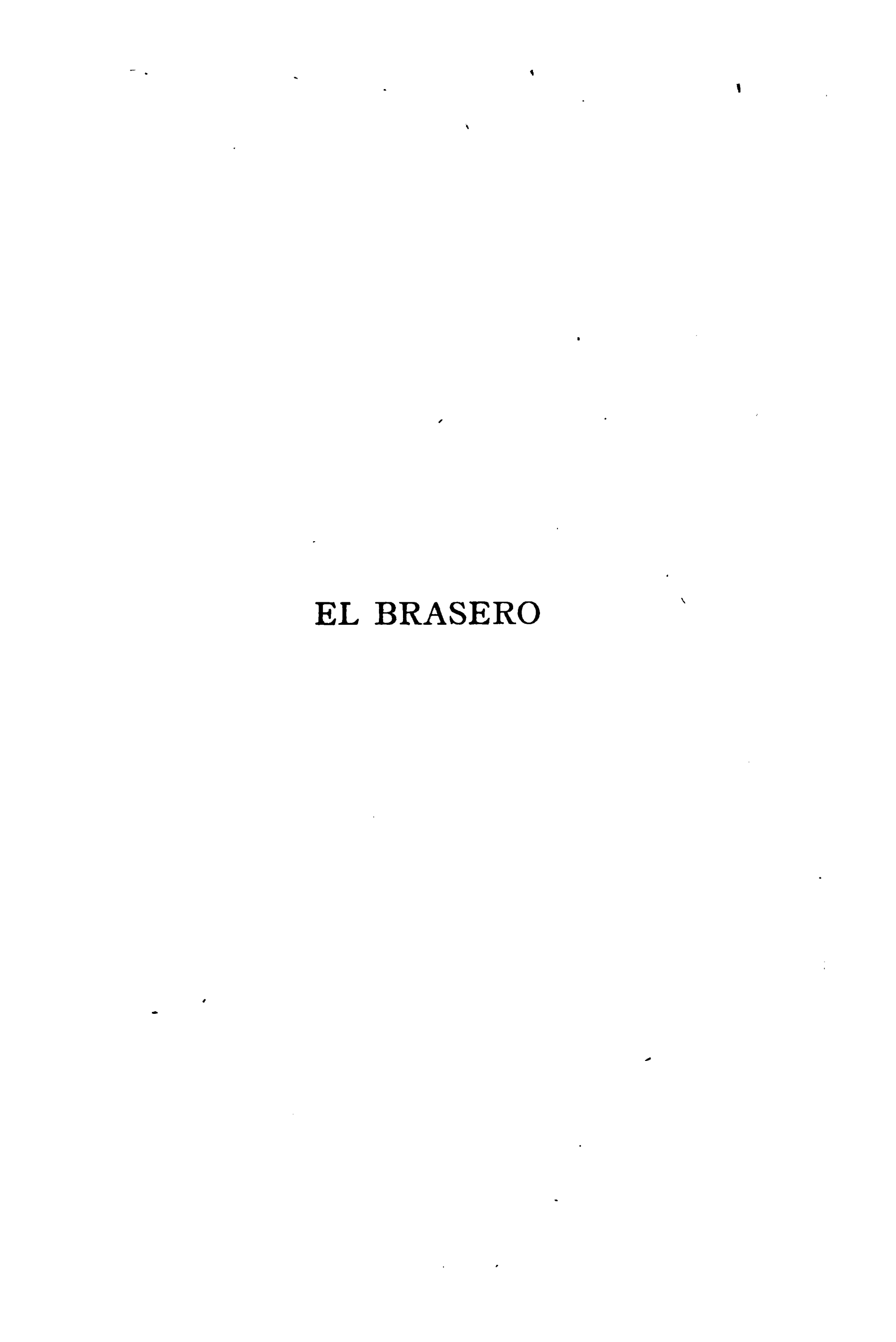
Suena de pronto la oración en la iglesia, y toda la gente del pueblo principia á levantarse con cara de sueño, viéndose salir para el campo los primeros trabajadores con la hoz debajo del brazo, el pañuelo atado al sombrero, y á la espalda la *capacha*, con el alimento del día.

Este va avanzando con fuerza. Todo es en las calles ruido y algazara de muchachos, que empiezan con sus juegos.

Pónese el vecindario en movimiento, suena el primer toque de misa, y todo resucita á la vida.

En la casa del tío Pausa, mientras ronca la familia, con la puerta aun cerrada, lanza el sol sus dardos de oro á través de la parra, y rompe sólo el silencio de la vivienda el ruido hecho por el caer de las gotas de sangre del cerdo, sobre el plato, á manera de brillantes cuentas de coral.





EL BRASERO



EL BRASERO

DANDO diente con diente, y sin llegarle tan siquiera la camisa al cuerpo, está Caralampio reduciendo á pequeñas astillas un grueso tronco, el cual apoya contra el suelo y sostiene en una mano, mientras con la otra le da certeros hachazos en la hendidura abierta al primer golpe, dejando caer gruesa lluvia de fragmentos en torno de sí.

Soltando después el hacha contra la pared, arrastra el brasero hacia un asiento; abre hondos cimientos en la ceniza; planta en ella un pequeño cuadro de astillas; coloca después otro sobre el primero; va gualdrapeando nuevos fragmentos sobre los anteriores, y formado un dé-

bil castillo, agrupa en derredor porción de trozos de carbón, mete una torcida por la base de las maderas coronada de una oscilante llama, hecho lo cual, coge por las asas la vasija metálica, y llévala á cortos pasos, con encorvamiento de talle, á la puerta de la casa, donde el viento se encarga de hacer arder por completo la pira.

Pronto una espiral de humo sube por las astillas arriba, y se tuerce al soplo del aire ondeando á lo largo del muro; viene luego otra ráfaga á soplar la llama, ya alborozada y llena de alegría, que tomando un rumorcillo de fragua, golpea las astillas, hace restallar los carbones, asoma su lengua rojiza por lo alto del castillo, y se derrama por las hendiduras, estallando de ferocidad y alegría.

El pequeño incendio va por instantes tomando cuerpo y brío; entre una envoltura de chispas brillantes empiézase á derrumbar el castillo, que desgránase de un lado levantando una espiral de pavesas; deja caer parte del almenaje con pequeño fragor; suelta pieza á pieza los frágiles muros, y acaba por no enseñar más que los cimientos, sobre los que flotan unas llamas sutiles, á manera de lirios azules.

Con ayuda del aire, el brasero pónese que parece una inmensa é inyectada pupila, y en este instante es el en que lo coge nuevamente Caralampio, que, mientras lo conduce dentro de la casa, puesto que también le da en el rostro la reverberación de las ascuas, vamos á trazar algunas líneas en su obsequio, para bosquejar su retrato.

En los cuarenta apunta nuestro hombre, que además de ser propietario de un caudal en fincas y experiencia, posee una despejada calva, unos ojos de mirar amansado, ancha frente, nariz de buena proporción, bigote recortado y canoso, y un cuerpo que en nada se diferencia de tantos otros cuerpos que andan por el mundo.

Vigilando las faenas del campo durante el día, y metido en su casa por la noche, Caralampio vive en compañía de las ratas, aunque malas lenguas le achacan no sé qué ilícitos amores con una mujer del pueblo, que, á decir verdad, algo hay de cierto en el asunto, porque cuando el río suena.....

Sin sirviente alguno á sus órdenes, que bien pudiera tenerlo, Caralampio se lo guisa y se lo come, como suele decirse, y en aquellos mo-

mentos en que solitario, como ahora, se sienta al brasero, deja volar la imaginación y empieza el repetido monólogo de siempre, en que á veces habla consigo mismo.

Por ahora no le preocupa el estado de sus asuntos. «Gracias á Dios—dice—los almendros estarán pronto cuajados de flores que prometerán ricas almendras; y si es la vid, reventará en brotes por los sarmientos, con alborozo de los ojos que mirarán lo que les recrea y adivinarán larga y provechosa cosecha. Las hortalizas se deslían con desembarazo en medio de los camellones, que también enseñan sus acelgas y pimientos; tocante al agua, bendecido sea el manantial que no hace pasar sed á la alberca; y si hablamos de aperos, todos están de buen uso, lo mismo que las ruedas de la noria y las anchas trojes, todavía ocupadas con simiente de la pasada cosecha. Nada viene á afligirme; en un decir Jesús se colará Marzo de rondón por las puertas, vendrá detrás Abril más rumboso en flores que en frutos, y cátate con Mayo y Junio, que llegarán quitando la vista de pomposos, diciendo «allá va eso.» Para entonces, vaya si mi bolsa tendrá su crecida: ahorrando uno de aquí, dos de allá, su-

primiendo tal gasto y escatimando tal bagatela, tendré buen resultante, que hinchará los puntos del calcetín.» Y aquí Caralampio deja asomar una sonrisilla por un extremo de la boca, mientras se fija en un ascua que va apagándose lentamente, bajo un velo de pavesas.

Variando después de postura, llévase la izquierda al bolsillo de la chaqueta y saca una descomunal petaca de cuero, en cuyo seno flota á la sazón media libra de tabaco, que apenas se distingue en el fondo, bajo un librillo de papel con la marca del *caballo*.

Dándole algunos golpes, de plano, con los dedos, á la balija, lía un grueso cigarro mientras monta una pierna sobre la otra, y aplícalo luego á un carbón encendido, haciendo pequeñas desviaciones; yergue el cuerpo, y en tanto que se desquijara dando ruidosas chupadas, echa el brazo libre sobre el espaldar de la silla y vuelve á decir: «Pero el maldito pica pica que me dice *toma mujer*, téngolo asentado en la mollera, y por nada me deja en paz. Bien visto, no es falta *en primeramente* la que me hace; cosa que me quite el sueño al auto de amor ó melencolía, no me ataraza ni me oprime el resuello, de modo y manera que por

este punto estoy precavío de tranquilidad: pues si estoy como las propias rosas y como aquel que dice por nenguna cosa apenao, ¿á qué vienen esos anhelos por cosa de mujer, si solo viví y solo quiero seguir viviendo, porque más vale casa con un dueño que no con dos, y nada engorda al caballo como el ojo del amo? Luego vendría la moña, y en dispues la pañaleta, y detrás el jarabe de *pionia*, porque está empachao el niño, y el bautizo, y los zapatos, y el andaor, y la sonaja; y cuando se acabara con uno, se empezaría con otro, y al año con otro, y mientras, toa la noche *miau que miau* porque el niño llora, y venga la teta, y vaya la papilla, y á la madre el chocolate porque necesita melecinas; y vamos, que no hay que pensar en los emposibles, porque emposible *mesmamente* es lo que yo doy en revinar.»

Con estas y otras razones, Caralampio menea inquieto la badila, ó fija los ojos en la ristra de ajos colgada de la chimenea, cuando no se encara con el candil, como si hubiera de darle luz en el asunto.

Pero la de su cabeza no acude, sino que, de prédica en discurso, la del día es la que ya no está del todo lejana, razón por la cual, las

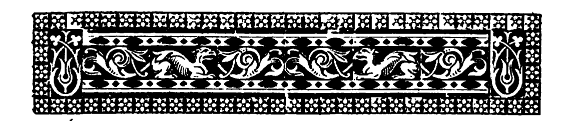
ascuas han ido apagándose, lo mismo que las ideas en su cerebro, quedando el uno reducido á pavesas, y la otra llena de las visiones que anteceden al sueño.

La aérea psicología lleva por fin á éste de la mano sobre todo su ser; álzase entonces Caralampio en medio de un desperezamiento en que crujen todos los huesos de su cuerpo, y dando algunas mascujadas, váse tambaleando hacia la cama, donde, después de emplear media hora en desliarse la faja de la cintura, se echa medio vestido, roncando al poco rato con un estruendo de fragua.

La luz, que, para mayor economía, hace arder Caralampio en una mariposa, dormido ya el dueño, empieza á pestañear y á dar agudos gritos cada vez que roza el agua la llama. Los objetos vénse confusos á cortos intervalos, y tan pronto se llenan de claridad como se cubren de tinieblas. Empiezan las ratas á dar carreras por la casa, y la luz, por último, hunde la habitación en las sombras, dando bruscos aleteos, como los del pájaro en las manos de un niño.



LA PARRANDA



LA PARRANDA

PERSONAJE primero: la guitarra.
Personaje segundo: la bandurria.
Personaje tercero: la bota.
Coro y acompañamiento: los mozos del pueblo.

Estamos en la taberna.

Un velón de Lucena, puesto sobre una esquina del mostrador, arroja por uno de sus mecheros luz casi suficiente para alumbrar la estancia que ocupamos.

En el extremo opuesto al en que se destacan barriles y botellas, sepárase de la pared la negra campana de la chimenea, de la que cuelga, á modo de grueso badajo, ahumado morcón, suspendido á ella desde el mes de Navidad,

época de las matanzas y de las grandes comilonas caseras.

De la tabla de la chimenea hay colgado un candil, contemporáneo de Esquilache, cuyo retorcido garabato se afianza con uña de hierro á una grieta formada en la madera.

En el punto céntrico de su parte exterior, muestra una gota de aceite, ya un tanto abultada, que ha ido formándose poco á poco, y que amenaza manchar á la persona más cercana, mirando á modo de desencajada pupila el sitio donde habrá de ir á estrellarse.

La cocina, que es una sala grande en la que está congregada la *parranda*, tiene el suelo terrizo, desconchadas las paredes, ahumado el techo, sostenido por nudosas y retorcidas vigas, y en los rincones altos de la estancia admíranse acá y allá grandes telarañas, cubiertas enteramente de polvo.

De la cocina, que es como si dijéramos el estrado, se pasa á otra habitación interior, adornada con algunos desvencijados cuadros, media docena de sillas de anea, y una mesa de pino en el centro, alrededor de la cual juegan cuatro hombres á la baraja, arrojando sobre la tabla sucias y pegajosas cartas.

Al lado de la mesa paran su atención en el juego dos hombres amigos de los jugadores.

En una esquina del tablero hay una gastada bandeja que sostiene algunas copas y un frasco lleno de aguardiente, que de tiempo en tiempo vuelca alguno de los jugadores en los cristales.

La tabernera, con cara de sueño, pues es la una de la madrugada, asoma la cabeza por detrás del mostrador, sitio en el que está sentada al lado de la cuna de su hijo, y da á éste de mamar, entre cabezada y cabezada.

Su marido también se entretiene en ver jugar en otra mesa situada en escondida habitación, donde se cruzan puestas considerables.

La gente de la *parranda* está sentada formando grande rueda cerca de la chimenea, y en tanto que templan los instrumentos, un personaje colocado en medio del círculo formado por los mozos, llena sin cesar de aguardiente una copa que tiene en la mano, y que pasa á las de los compañeros.

Echando la tabernera al niño en la cuna, se levanta á atizar el candil colgado en la chimenea, y lo hace quitándose una horquilla de las trenzas del rodete y dando algunos á modo

de bayonetazos á la torcida, que despojada del pábilo, vuelve á alumbrar con más intensidad.

Fuera de la taberna, en ninguna casa se ve luz. Vagan algunos perros por las calles del pueblo, dando intermitentes ladridos, y la luna alza su disco tras de los montes.

Á lo lejos percíbense los caseríos blanqueados con cal, y á una larga distancia se oyen las carcajadas del arroyo, que atraviesa por la arena, como una trenza de cristal.

El aire silba en las rejas, tomando parte en la orgía de perfumes que á media noche celebran las flores.

Detrás de cada reja recuéstase una joven en lecho de felicidad, esperando que la dulce voz del hombre á quien ama vaya á decirle trovas y á mostrársele rendido.

En alguna ventana óyese amoroso coloquio sostenido de fuera por mozo bien plantado, que dice las más tiernas palabras á su pareja.

En el cielo centellean millares de astros, y percíbese á lo lejos el bronco resuello del mar, que trabaja con fuerzas hercúleas, por traspasar los límites que lo contienen.

De pronto sale la *parranda* de la taberna.

La componen hasta quince mozos, y uno tocando la guitarra, otro la bandurria, éste los platillos, aquél cantando, atraviesan la plaza, que es un pequeño espacio, bajan la *calle Real*, pasan por cerca de la iglesia, rodean por un callejón que va á desembocar cerca del cementerio, siguen pueblo abajo, y en el mismo calvario, donde está la última casa, hácese la primera parada delante de una reja cubierta de flores, donde la luna viene á vaciar su onda de plata.

El tocador, apoyando el pie sobre una escasa prominencia formada por blanco pedrusco, sujeta la guitarra contra el muslo derecho, y con el cuerpo airosamente encorvado, el sombrero sobre la ceja, detrás de la oreja rojo clavel, y en los pies las cintas de las alpargatas formando vistoso laberinto, empieza á lucir el prodigio de sus dedos, ya rasgueando con brío las cuerdas, que exhalan tristes acentos, ya punteando con primor bordones y primas acompañando la copla, ó ya, por último, acentuando con pequeños golpes el compás, mientras con la mano izquierda ejecuta un punteo de yemas de dedo sobre los trastes, que según son pisados por diferentes sitios, producen no-

tas altas ó profundas, acordes sentidos, ó preludios brillantes y alegres.

El repertorio de coplas es de lo más notable.

Entona uno de los cantadores una de ellas, y dice que si no le quiere la que en aquel momento está escuchándole, va á sufrir tan honda tristeza, que sólo la muerte podrá borrarla con sus besos.

Y no es para menos lo que le hace exclamar así, pues de continuo se le ve ensimismado y triste, y si alguien acierta á preguntarle qué le pasa, él, sin contestar á la pregunta, se aleja lentamente, cantando entre dientes:

«Lo que yo tengo, tan sólo
Dios, ella y yo lo sabemos;
si hablase, me quedaría
sin secreto y sin consuelo.»

La bandurria, en tanto, hace de las suyas.

Apenas acaba un preludio brillante, métese en enredos tales, componiendo trinos, combinando escalas y entremezclando toda clase de arpegios, que en buen trance se viera, si la diestra mano del mozo que la toca no llevara la cuestión á orgullo, y auxiliada de un breve fragmento de concha, no hiciera á las cuerdas

hablar y decir todo lo que les pasa, y qué clase de pena es la que les hace prorrumpir en tan hondos suspiros y tan apasionados sollozos.

De la ventana primera pásase á la segunda, y allí ya no es el mismo cantador el que empieza á lanzar coplas; pues rompe el fuego un rubio, á lo que se ve, también mal correspondido, pues el concepto de su cantar es el siguiente:

«Á tí van todas mis ansias,
á pesar de tus desprecios;
tú en atormentarme gozas,
yo gozo con mi tormento.»

Por supuesto que la moza á quien alude el cantar, ya fuera del lecho y medio engalanada, mira por las junturas de las maderas, á través de las flores, quiénes son los que van en la *parranda*, cuál es el que toca, cuál el que canta, y cuál, por fin, el que más empina el codo, tomando en peso la bota.

La fiesta callejera va tomando incremento. En la tercera ventana, ya son dos los que intervienen en las coplas, queriendo ambos mostrarse fieles á la misma mujer.

«Sé que me quieres muy poco,
y pasaría por eso,
si no quisieras á alguno
tanto como yo te quiero.»

El otro mozo dice:

«No hagas caso de importunos
y quiéreme como siempre;
ya sabes que el grano chico
chica estimación merece.»

El aludido, tocado fuertemente en su amor propio, manifiesta su ira de este modo:

«De los granos que otros días
sembrabas en tus macetas,
el más chico y más humilde
producía la violeta.»

No podía haber quedado vencido de manera más delicada el primer amante. Pero la sutileza poética enciende la sangre de aquel, y sin avenirse á más razones, lanza de repente esta copla:

«Es la violeta muy linda,
mas de estatura tan corta,
que todos los pies que pasan
la atropellan y deshojan.»

Como herido por una centella, canta el segundo mozo, con mal contenida impaciencia, y sin quitar la vista de encima á su adversario:

«La flor perfuma ese pie
si es el de su dulce dueño;
si es el de un hombre, lo raja
con una espina de acero.»

Y dicho y hecho. No bien ha acabado la copla, cuando armado de terrible faca, se abalanza á su contrario entre el estupor de la concurrencia.

Estallan mil voces á la vez, y auxiliado el tocador, que afianza la guitarra debajo del brazo, de otros jóvenes, logran sujetar á uno de los contendientes, mientras los demás hacen lo mismo con el otro.

Pero no hay fuerzas humanas que les aplaquen. Sujetos por los brazos, tratan de acometerse, forcejeando en todos sentidos, rebosando ira por los ojos y arrojando los más ofensivos improperios.

Tanto logran á veces acercarse, que parece van á ir de palabras á hechos, asestándose enorme puñalada; pero un esfuerzo supremo de

los que les sujetan logra alejarlos un instante, aunque en el momento pugnan nuevamente por embestirse.

Las dos bruñidas hojas de los cuchillos, revolviéndose en sus manos, brillan como dos relámpagos; ya se ocultan de pronto y vuelven á aparecer arrojando centellas; ya alcanzándose, se dan rudo beso que hace saltar chispas de los aceros, ó ya, por último, acariciadas de lleno por la luz, resplandecen como dos rayos.

Tras de larga y fatigosa brega, en que se oyen acentos entrecortados, resuellos angustiosos y fuerte patear sobre las piedras, logran desarmar á los dos adversarios, que mirándose solamente con furor, no osan embestirse.

Pero la fiesta *se ha aguado*. Ya en vez de recorrer las demás rejas del pueblo en alegre parranda, trata cada personaje de aquel drama de poner fin al paseo nocturno.

El alba ha ido filtrándose poco á poco por los cielos, y el día tiembla indeciso en Oriente, como en la onda el beso de la luz.

Los rumores de la mañana empiezan á oirse, y la parranda toca á dispersión.

Aléjanse primero los que viven en las cerca-

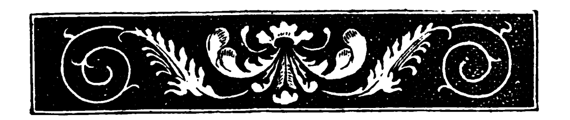
nías, mientras los del pueblo, divididos en dos grupos, conducen á sus casas respectivas á los dos contendientes, que no se muestran muy complacidos en despedirse, sin haber hecho correr la sangre.

Márchanse todos, y el tocador, mostrando el mal humor que le embarga, al doblar la esquina inmediata, coge la guitarra por el mástil, y dándole fuerte golpe contra las piedras, la hace estallar en fragmentos.



El acorde producido por las cuerdas rotas, se aleja en ondas sonoras por el aire, como un amargo sollozo.





EL VELATORIO

Á MI HERMANO JOSÉ RUEDA SANTOS

VÁLGAME Dios, ¡y qué congojas me atarazan hoy la pluma sobre el papel! Suspiro va, suspiro viene, ni tengo ya cara para hacer más pucheros, ni pañuelo con que enjugar mis lágrimas, pues apenas pongo uno á secar, otro se me moja, sin que por eso cese el hilo de mi llanto, que dale en que ha de salir, no quita el sabor amargo de mi boca, ni me deja la pestaña seca.

¡Pobre D. Lino! Su agudeza de ingenio, sus sesudas máximas, su sarta de refranes y su cachazuda oratoria, han desaparecido como *sueño*

de un día, perdiéndose para siempre en la tumba.

¿Quién nos contará ya en estas largas noches de invierno, junto al brasero, aquellos sabrosos cuentos, acompañados de firmas de badila, ni quién nos hará viajar, con la imaginación, por aquellos lugares que él recorrió en su juventud, y presenciar aquellas escenas tan llenas de bizarría y tan cuajadas de embustes?

¡Y si esto no fuera más que por un breve plazo de tiempo; si no fuera más que un corto viaje..... no que ahora está tieso y frío, y tiene cerrado el ojo para siempre!

Todos vienen á verle, todos á hablarle, como si el infeliz hubiera de oirles.

Oid, oid cómo se expresa su incomparable hermana, que acaba de entrar en la casa, rodeada de chiquillos, y se pone delante del cadáver.

—¡Ay, hermano mío—dice—y qué poco te nos has logrado; cuánto más valiera que muriéramos todos antes que tú; y no que ahora te ves en ese trance, tú que siempre acudiste á socorrerme, y en mi casa nunca faltó un duro! ¡Quién te dijera cuando el bautizo de mi Pepe, que á estas horas ibas á verte como te

ves, y sin causa alguna nos abandonas, ahora cuando más falta hacías, porque ya empieza la labor y pronto principiará á granar la mazorca! Todo estará sin tí manga por hombro, porque tú lo arreglabas todo como querías, y con sólo decir *esto*, ya estaba hecho. ¿Qué daño te hicimos para que así nos maltrates? ¿Cuándo te faltó nuestro cariño? porque si alguna ves diste algún pescozón á mis hijos, fué porque podías hacerlo. Levántate de *ese lecho* y vén á abrazarnos. Mira; aquí está mi Manolico, que viene á que le des *golosinas;* aquí mi Ramón; mi Pepe aquí también, que aunque todavía no habla, ya dice *mamá*. Aquí estamos todos de cuerpo presente para abrazarte!

Y la pobre Ana llora sin descanso, limpiándose las lágrimas con el pico del delantal, y moviendo la cabeza de un lado para otro, con el labio vuelto hacia arriba.

¿Y la pobre esposa de D. Lino? Al oir á su cuñada, reverdécense sus lágrimas, y otra vez se le desata la lengua en alabanzas del esposo.

—¡Pobre Lino mío! esto ha sido un sueño. Ayer, como quien dice, tan sano y tan de buen ver, y hoy *triste* y amortajado, sin saber lo que le pasa. ¡Pobre Lino mío! ¡Lino!.... ¡Esposo

mío!.... No me responde; ¡la muerte se lo llevó! ¡Qué bueno era y qué *apegado* á su casa! ¡Qué cariñoso y qué *servicial!* Si á una, es un *poner*, le dolía el estómago, allí estaba él con la untura de manteca y vinagre; si una decía, «esto quiero,» á pedir de boca lo tenía; si por la feria quería una colgar granadas para todo el año, el cañizo se ponía que daba gloria de verlo; y si á alguno se le *aujereaban* los zapatos, en seguida al zapatero. ¡Pobre esposo mío! ¿Con qué te pagaré tantas *finezas?*

Y también gimotea la infeliz, echándosele un nudo en la garganta.

La hija nada replica; sólo hace llorar y llorar, metida en *un rincón del cuarto*, entre las amigas que tratan de consolarla.

¡Qué tristeza se nota en las caras de los que van llegando al velatorio, los cuales, después de dar el pésame á la familia, van saliendo y sentándose en torno de la ancha cocina!

—¡Cómo ha de ser! ¡Cómo ha de ser!—dice apenadamente un vecino, *amigo del difunto*, á la persona que tiene al lado, y quédase después meditabundo, con los ojos fijos en el suelo.

—¡Y ayer que parecía tan mejorado!.... ex-

clama otro, que aún no puede darse cuenta del suceso.

—¡Quién había de pensarlo!....

—¡Pobre D. Lino! Era buena persona.

—¡No *semos naide!*—arguye un afligido campesino, juntando las pajillas del suelo con la vara.....

Todos manifestaban su dolor y derramaban su lágrima.

Pero no agotemos nosotros las fuerzas en llanto, que tanto gemir no puede parar en bien, ni hay tampoco pena que cien años dure.

Con lágrimas en los ojos, sólo pueden verse lágrimas, y yo tengo que ver las justas tintas del velatorio, para que no resulte falso de color mi cuadro.

Sacudo, pues, mi pena, como el pájaro la lluvia, y digo que la estancia donde está congregado el velatorio, es la famosa cocina campestre con su tanda de peroles sobre la chimenea, su bazar de platos abigarrados, sus nidos de golondrinas en el techo, y su rueda de sillas alrededor de la estancia, tan pronto desportilladas, tan pronto firmes y de buen uso.

Un jilguero, cuya jaula está colgada de un largo alambre, observa desde la varilla á la

concurrencia, y también parece tomar parte en el duelo, pues ahueca las plumas como los pájaros que van á morirse, y mueve un poco la cabeza de un lado para otro, como indagando algún detalle, teniéndola, cuando no, enterrada en el esponjoso plumaje.

El rumor de las conversaciones es apagado. Los chiquillos se han quedado dormidos á los pies de sus madres, y respiran suave y apaciblemente.

Ya ha pasado la media noche, y algunas mujeres empiezan á dar cabezadas, como igualmente los hombres, á no ser que en tal ó cual rincón cruja la risa entre los jóvenes, dispuestos á sacar partido de todo, ó se le tizne la cara á algún mozo mientras está dormido, para que al despertar sea más difícil contener las explosiones de regocijo y estallen con más desenfado las risas.

La noche se hace lánguida. Parece que en las noches de velatorio tiene más peso la atmósfera.

Cuando alguna familia toca á retirada, conduciendo de la mano á los niños medio dormidos, el silencio vése por un momento roto; pero al imponerse de nuevo, vuelve á dejar oir

su grandiosa sinfonía de rumores monótonos y casi imperceptibles, tan pronto semejantes á silbidos agudos, como á voces lejanas, ya imitando el distante galopar de los caballos, ó ya produciendo una sorda vibración, cuyas ondulaciones parece que arrastran cansado golpear de gotas de agua, ruido misterioso de péndulos, y prolongadas palpitaciones de un mar en flujo y reflujo.

El velatorio, que ha quedado reducido á algunas personas allegadas á la familia, rumia con la imaginación, medio aletargado, sueños tejidos de fantasmas, donde un brazo es mayor que un cuerpo y una cabeza más chica que una mano.

En la estancia donde está el cadáver, hace algun cirio un disparo de pavesa, cuyo proyectil deja trazada en el aire una curva de humo ceroso, que se borra instantáneamente.

Los ángulos y líneas se han apoderado en absoluto del cuerpo sin vida, como si la geometría fuera parte principal del acto de la muerte.

Allí rueda el tiempo sobre el cadáver lo mismo que rodara sobre una piedra.

La familia del finado, entrecorta su sueño

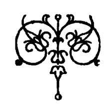
por horrendas pesadillas, volviendo á llorar en silencio, al hacerse cargo de la realidad.

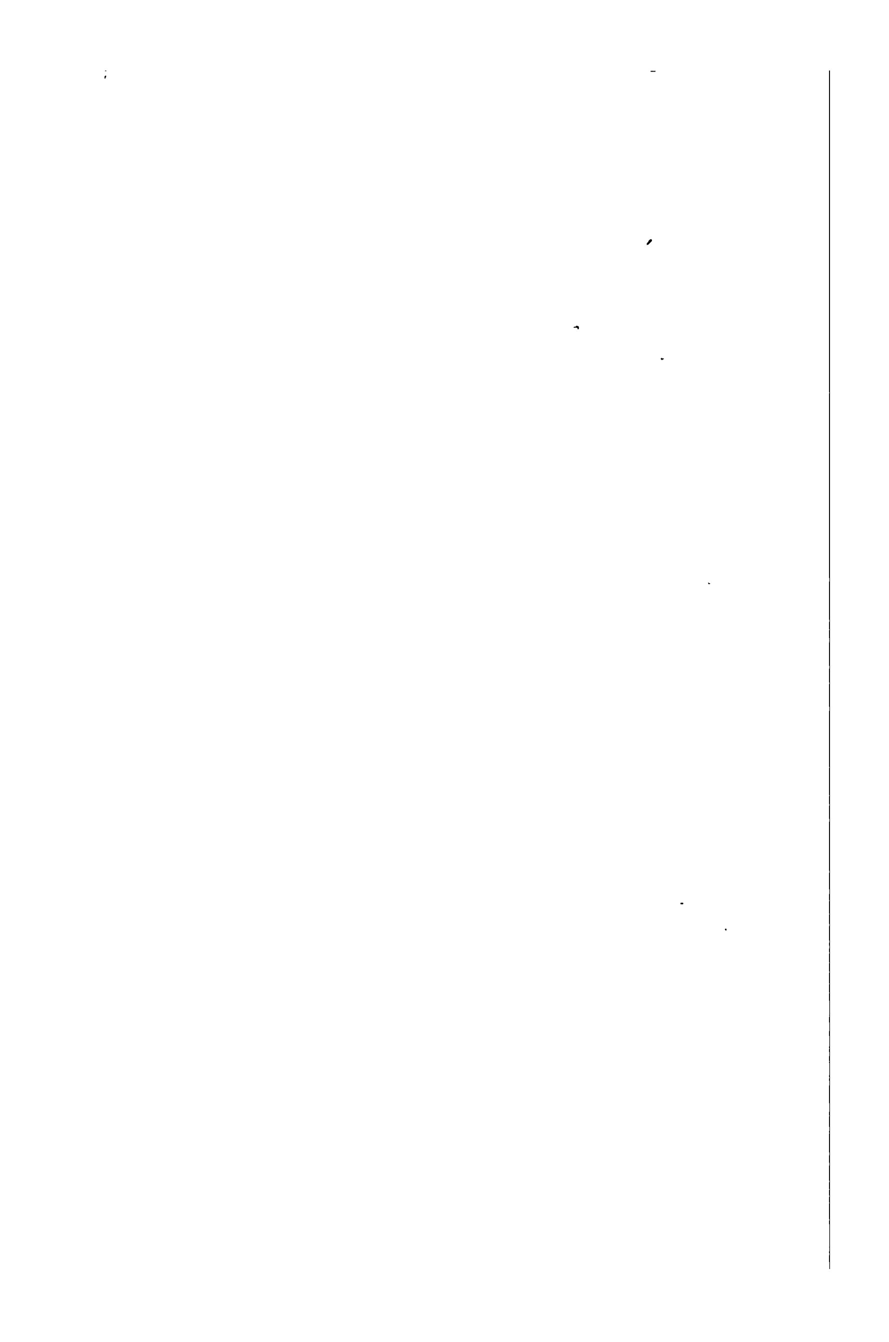
Allá en un corral lejano, lanza el gallo su canto guerrero, anunciador del cercano día; junto al alero del tejado revolotea una lechuza, después de haber apurado en la iglesia el aceite de las lámparas entrando por el campanario y azotando con el vuelo las campanas, que produjeron imperceptibles lamentos; el perro de la casa se expresa en aullidos lúgubres que se pierden en la sombra; alguna tos cansada viene de una casa vecina donde se entregan al descanso, y á lo lejos se oyen vagos y confusos los golpes dados con la cadena sobre las tablas por alguna impaciente bestia, que muerde los granzones secos dentro de caliente cuadra.

A la débil claridad del día, que penetra en la estancia mortuoria, muestran los cirios sus rosarios de llanto que fueron poco á poco á petrificarse sobre el metal de los candelabros; todas las personas del velatorio amanecen con los rostros descompuestos y las manos tocadas de esa suciedad que se adquiere durante la noche; la familia ve, huérfana por primera vez, la luz del día, y las velas siguen lanzando de tiempo en tiempo sus fatídicos chisporroteos.

Todo se alegra con la nueva luz fuera de la casa y se agita bajo el impulso de la vida. Sólo el muerto es la negación de tanta alegría.

Un gato que ha pasado toda la noche en la ceniza, llega á pasos lentos delante del cadáver, y enarcando desusadamente el lomo y estirando las patas una tras otra, mira un instante las manos del muerto, y se pone *á lavarse la cara*, colocado bajo un rayo de sol.





EL TITIRITERO



EL TITIRITERO

Á MI EXCELENTE AMIGO D. EMILIO ERADES

HÉTEME aquí nuevamente con los bártulos al hombro, camino de mi pueblo, buscando cuadro alguno que ofrecer al lector, á quien supongo amigo de la variedad.

Diré, pues, que sin poner oído á la censura que obtenga este mi afán de ir y venir del pueblo á la corte y de la corte al pueblo, en busca de emociones, y sin prestar tampoco atención á las chanzonetas y dicharachos que sobre mí caigan, zahiriendo mi poca destreza en asuntos de esta índole, intentaré describir el cuadro del titiritero, aunque después resulte

que no he acertado á derramar el color donde cuadraba, ni la luz donde convenía, no importándome lo uno ni lo otro; que así me ocupo yo del qué dirán, como de ir á la Meca.

Principio, pues, advirtiendo, que no bien hubo amanecido el domingo de Pascua, cuando entróse por las puertas de mi pueblo un individuo, mitad bruja, mitad demonio, el cual traía el propósito, según en seguida se supo, de dar una función de títeres y juegos de mano á la gente del pueblo, que habría de quedar pasmada de su habilidad y destreza, tomándolas por cosa de encantamiento ó arte de birlibirloque.

La tal persona traía el rostro medio cubierto por una melena que le daba aspecto de ser extraño y de mal agüero; sobre la cabeza mostraba, derribada á un lado, una raída *chistera*, con más filamentos y bolladuras que cacillo inservible; cubría su cuerpo una levita, que así fuera yo á la gloria como ella pasaba de los ochenta remiendos, y completaba su atavío, un pantalón hecho trizas, y unos zapatos con más chapas y contrachapas que corambre averiada y podrida.

Al paso de un borriquillo que conducía los

trastos de su brujería, y rodeada su persona por una nube de perros de agua, de los que saltan por el aro, topó nuestro hombre en la posada, y demandó estancia para un día, puesto que al siguiente habría de estar camino de otro pueblo, donde, con permiso del alcalde, dejaría también pasmado al vecindario con sus endiablados juegos.

Diósele alojamiento como pedía, y ojalá no se lo dieran, porque fué tal la plaga de chiquillos que en aquel momento se agolpó á la puerta de la posada, que no parecía sino que de mieles fuese hecho nuestro personaje.

Alimentóse éste lo mejor que pudo, recuperó las fuerzas perdidas, y saliendo después para obtener el correspondiente permiso del alcalde, pronto se vió de nuevo en la posada con su objeto conseguido, y dispuesto á cambiar el traje ordinario por el traje oficial, que tan vistoso había de parecer á los muchachos, con sus bandas y abalorios.

Efectivamente, pasado un buen rato, en el que atavióse con todos los lazos de colores y cintas de plata que poseía, propios del ilustre titiritero, salió á la puerta de la posada, y como quien lanza su pregón, descargó dos re-

dobles y dos repiques con tal fuerza en la caja que sacó colgada al cuello, que no quedaron en el pueblo oídos que tal no oyesen, ni persona que á los sones del tamboril no saliera á la calle á uña de caballo, como si la casa se le viniera encima.

Haciendo llevar delante de sí un enorme zurrón con todos los menjurjes y cachivaches que había de emplear durante la fiesta, púsose él también en movimiento, marcando el paso al compás del redoble del tamboril, que acabó de alborotar al pueblo, el cual dispúsose á ir en masa á la plaza, donde habría de tener efecto el espectáculo.

Iba el Mefistófeles con la cabeza descubierta, y caíale la greña sobre los hombros, medio hecha rizos, derramándose á la vez la luz del sol sobre todo su cuerpo, el cual hería los ojos con sus reflejos, cada vez que el titiritero daba una cabriola ó se volvía para imponer silencio á los chiquillos, que le acosaban por todas partes.

Llegó por fin á la plaza, después de haber dado, tocando el tambor, la vuelta al pueblo, y delante de una concurrencia que rebosaba hasta por los tejados, púsose detrás de una

mesa, cubierta por paño hecho á propósito sito, é hizo luego un grotesco saludo al público, que fué como la señal de que empezaba la función.

Arremangóse después las mangas, como quien quiere probar que no hay gato encerrado, y sacando del zurrón dos cucuruchos y una bolita blanca, puso los primeros boca abajo sobre la mesa, después de enseñarlos por dentro al público, volviéndose hacia todos lados, y en seguida colocó la bolita bajo uno de ellos, no irguiéndose hasta no coger con la mano derecha una varilla, especie de bastón de bruja, con la cual empezó á dar batutazos acá y allá, como si dirigiese una orquesta invisible y diabólica.

Alzó de nuevo el cucurucho para que todos se cerciorasen de que la bolita permanecía en el mismo sitio, y después de unas palabras, que el público creyó misteriosas, tocó con la punta de la varilla en el cucurucho que contenía la bola, pasó luego con lentitud la vara al otro, y dándole un pequeño golpe de batuta, dejó al descubierto, con gran estupor de la concurrencia, la bolita blanca, donde nadie lo esperaba.

—¡¡¡Ah!!!—resonó en toda la plaza, mi-

rándose unos á otros y tentándose la ropa como si no estuvieran seguros de sí mismos.

A este primer juego siguió otro, llamado de la estopa ardiendo, que el titiritero hizo con gran primor, dejando á la gente del pueblo sin que le llegase la camisa al cuerpo, pues ya se creía camino del infierno, montada en un jirón de niebla.

Sacó el hombrecillo un palo, en cuya punta lucía un tramoho de estopa, y mojado que la hubo en el alcohol, arrimóle un fósforo, y pronto vióse rodeada de llama azulada, la cual no impidió al titiritero emprenderla á bocados con la estopa, que entre llamarada y llamarada fué tragándose sin hacer el menor gesto de desagrado, como si aquello fuese para él plato muy superior al de chochas y faisanes.

Cuando acabó de engullir la ración, soltó el palo de la estopa y empezó á aparentar que sentía de pronto fuertes retortijones de tripas que le hacían dar descomunales saltos y piruetas, como si el alimento se hubiese trocado en comida del infierno que le corroyera las entrañas, y que á toda prisa le era forzoso arrojar.

Después de un gran esfuerzo en que apretóse con ambas manos el vientre, sintió vio-

lentas arcadas y mudóse de color varias veces, empezó á arrojar una cinta blanca, á modo de tenia, que no paraba nunca de salir, y que cuando dejaba de ser blanca trocábase amarilla, después volvióse azulada, más tarde se cambió en verde, y luego en roja, nunca dejando de salir la cinta, entre las contorsiones del titiritero, que en aquel instante parecía tomar aires de macho cabrío y simulaba un personaje de aquelarre, presa de una diabólica indigestión.

La gente mirábale estupefacta; algunos muchachos echáronse á llorar buscando el regazo de las madres.

Por fortuna no se prolongó mucho la escena, porque tuvo efecto otra suerte que dió que reir mucho á la concurrencia, y ésta se desquitó del susto llevado con lo de la estopa.

Referir los detalles de la fiesta, los incidentes surgidos á cada instante, y la admiración del público hacia el hombre de las melenas, requeriría una larga pintura. Nosotros nos contentaremos con hacer ver al lector aquellas masas apiñadas de gente, en cuya primera fila hallábase la alcaldesa arrellanada en sillón traído exprofeso para ella del Ayuntamiento;

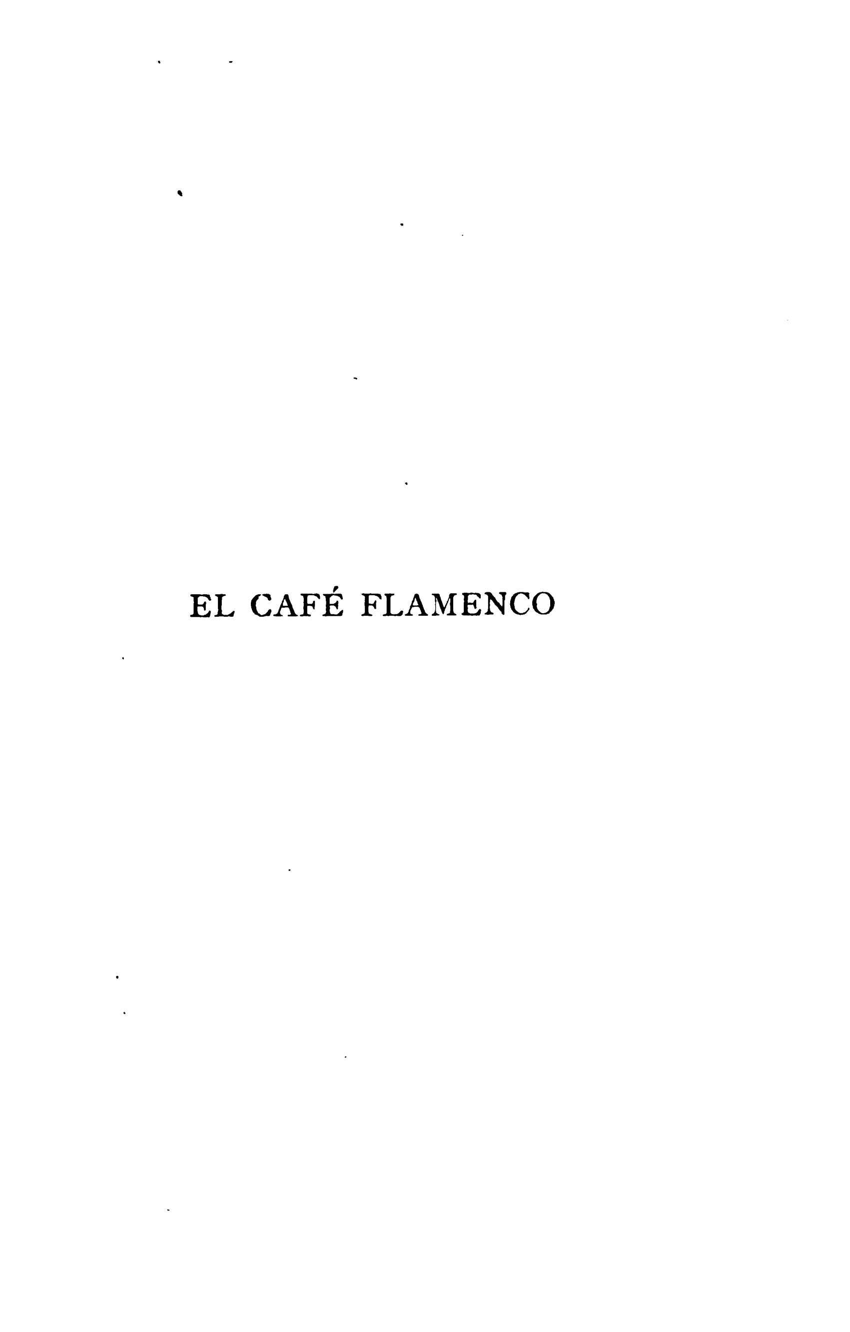
el alcalde al lado, abriendo un hoyo con la vara en el suelo cada vez que le venía la tentación de risa, que él trataba de contener apoyando el estómago sobre el bastón y cogiéndose á éste con ambas manos; el maestro y el boticario en dos distintas piezas, echando su severa crítica sobre los juegos, por no ser como los que ellos vieron en la capital, en sus mocedades; las tres muchachas más bonitas del pueblo mirando desde un balcón la fiesta y siendo la constante hablilla de las demás muchachas; los saltos y juegos de los chiquillos cada vez que un perro atravesaba por un aro, un mono subía por una cuerda, ó el titiritero daba una voltereta, después de la cual caía de pies sobre la alfombra que había extendida en el suelo; el mozo echándola de apercibido y enterado, al lado de su novia, que aquel día llevóse colgados á la plaza los fondos del arca en celebración del fausto suceso; el labriego del cortijo inmediato, que corriendo á todo correr llegó á tiempo de ver la fiesta, y pregunta entre gota de sudor y resoplido *si hacía mucho que había empezado;* el ricacho que estuvo varias veces en la ciudad y que decía haber visto también cosas mejores; aquel vocear y hacer muecas del titiritero, que

es á la vez clown, orador y artista; el tropel de perros dando saltos en cuclillas en derredor de su amo; todo revuelto y confundido en abigarrada mezcolanza, daba animación á la pintura y presentaba á los ojos el cuadro más lleno de gracia y frescura que soñó jamás pincel alguno.

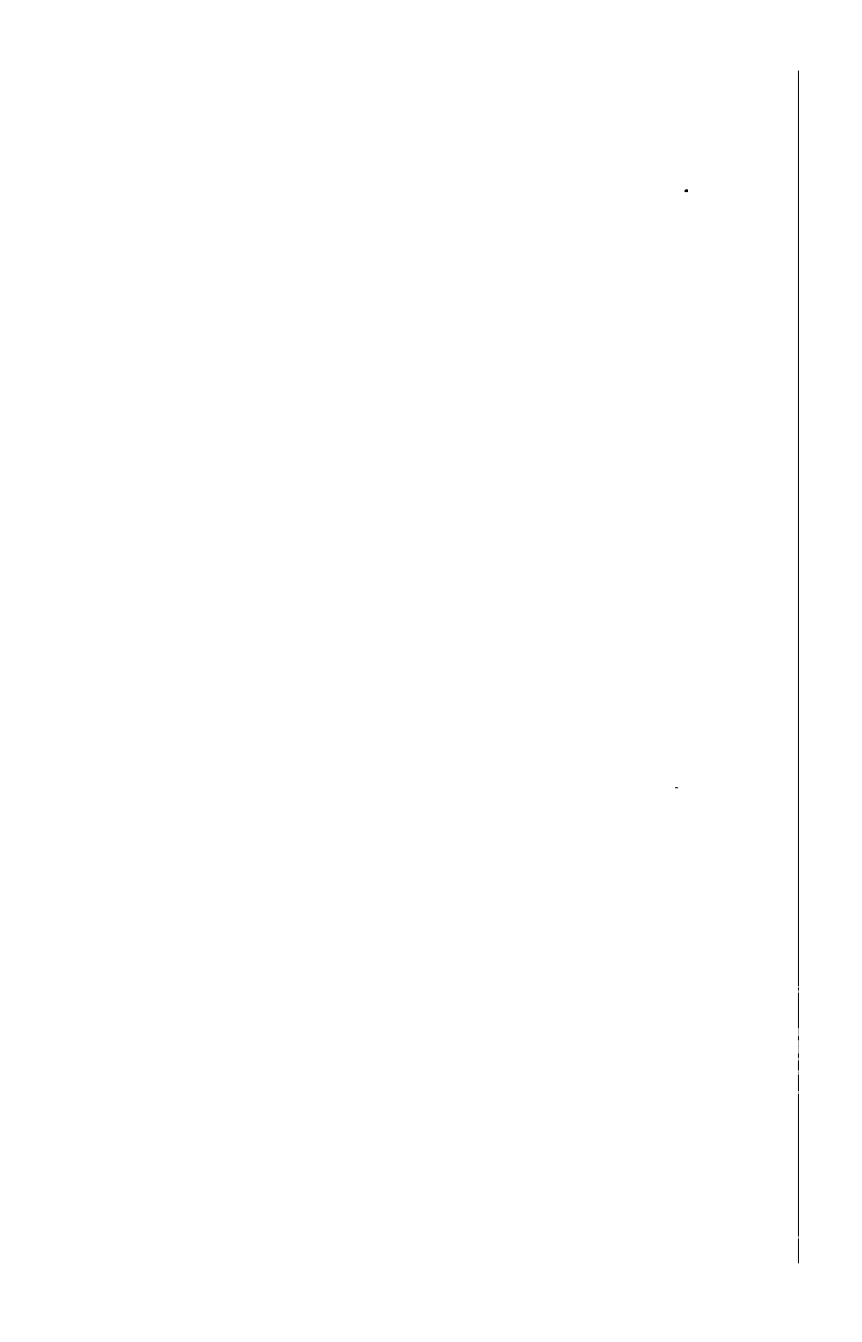
A la caída de la tarde, cuando ya se hundía el sol en el horizonte, cogió el titiritero todas sus vasijas y cacharros, puso al abrigo de su bolsa el dinero recogido, llegó nuevamente á la posada, cargó en el rocín todo el envoltorio de sus secretos, y salió del pueblo entre escolta de chiquillos y miradas recelosas, no viéndosele más hasta el cerrar de la noche, que apareció como un fantasma en un lejano monte, donde sentóse un instante para seguir después su camino.

En aquel momento parecieron brillar en el horizonte llamaradas azules, y el titiritero traspuso la montaña, formulando y lanzando una carcajada diabólica, más regocijado de verse pronto en el vecino pueblo, que alborozada bruja en vísperas de sábado.





EL CAFÉ FLAMENCO





EL CAFÉ FLAMENCO

VÁYASE todo al diablo, que lo que es hoy, así se empeñaran en ello todos los angelitos del cielo, no habían de hacerme cejar en mi empeño de divertirme.

Estoy ya cansado de ver las mismas calles, la misma gente, iguales tiendas, idénticos saltos de agua en las fuentes, la propia luz eléctrica alumbrando los aparadores..... Necesito divertirme.

La constante tristeza de mi espíritu se ha roto hoy por algunas ráfagas de patria que han llegado hasta mi oído envueltas en los

sones de una guitarra melancólica. Preciso será divertirme.

Mas como yendo solo á alguna parte, váse expuesto, con el aquel de las cavilaciones, á que se le seque á uno el cerebro, como al propio D. Quijote, ofrezco mi derecha al lector, y él, que es por demás galante, aceptará el convite, y los dos nos lanzaremos, más alegres que unas sonajas, en busca del nunca bien alabado café flamenco de esta corte, titulado *El Imparcial.*

Forzoso será, una vez colocados á la puerta, que acostumbremos la vista al cuadro que allí se presenta, no porque el establecimiento flaquée tocante á mecheros, sino porque el aliento producido por las personas, el vapor que se exhala de las tazas del café, y las espirales de humo del cigarro, han extendido sobre la composición una azulada gasa que es necesario romper á golpe de espada de los ojos, para después ir atravesando, de medio lado, entre la concurrencia, y ver si por casualidad han quedado en todo el local dos asientos vacíos, que en la ocasión presente, puesto que los hay, ocuparemos el lector y yo, si es que no aparece un tercero en discordia.

¡Pero qué ruido, Dios santo! ¡Qué barahunda, qué de voces y gritos por todos lados!

Las personas que completan los asientos de nuestra mesa se componen en su mayor parte de chulos y rufianes, que no apartan la vista del tablado, á no ser para darle un pequeño sorbo al café, que hace más de dos horas tienen delante, el cual no se determinan á apurar de un trago, por aquello de que mientras haya líquido en la taza, habrá también por delante canto y jolgorio.

Liberal, y por lo tanto simpática, es esta costumbre, oriunda de Andalucía, en que cualquiera persona puede entrar en el santuario de nuestros aires nacionales y, sin replicar oste ni moste, sentarse á una mesa y pedir aquello que se le antoje, en la seguridad de que únicamente el importe de lo que pida le será cobrado por el mozo, quien no sólo es amable y complaciente, porque espera la propina, sino que también le hace saltar, de feo, las lágrimas á una vidriera.

Pero vamos al cuento, que más pronto se olvida la obligación que el afán de charlar, y más dispuesto se halla uno á meterse donde no le llaman, que á seguir por su camino; y Dios

ponga tiento en mi mano, que, como dijo el otro, no todo es pintar como querer, y asunto es este mío muy relacionado con la verdad y con la exactitud de las cosas.

Así, principio dando cuenta del tablado y sus figuras flamencas, que me parece tienen más de aparentar lo que representan, por el qué dirán, que no por lo que se trajeron desde el punto y hora de nacer, que es cuando me han dicho á mí que se reparte eso de las vocaciones.

Por lo demás, á cualquiera que no haya visto el agua brotar de la misma fuente, le parecerá aquello que ni de perlas, y hasta se creerá transportado á la tierra de María Santísima cuando en medio de una copla empiece aquello de—¡Anda hija!—¡Vamos allá!—¡Cómo se queja!—y otros términos del trasiego flamenco, que salen con el mayor desentono de entre el compás del palo sobre las maderas, el golpear de las manos y el encogimiento de corazón de las guitarras, cuando saben decir dónde les aprieta el zapato.

Pero vaya usted á echar guindas á la tarasca, y salga usted luego con que aquí la puse.

Están en primer término hasta siete personas, haciendo frente al público, y voy á descri-

birlas de corrido, empezando por una punta y acabando por la otra.

Rompe la marcha un vejestorio pintado de albayalde, el cual menjurge deja enterrada gran parte de sus años, y en vez de llevar la chulesca bata llena de tablas, luce una falda moderna con su correspondiente polisón, que es lo que hay que ver, cuando trata de sentarse la cantadora. Tiene ésta á su cargo la parte de tangos, y apenas sale uno nuevo, ya ha llegado á su noticia, y empieza á cantarlo en compañía de una letra, á las veces llena de gracia madrileña, que es como si dijéramos, gracia satírica.

La segunda persona es una niña en la apariencia, y mujer por los años, que sólo canta malagueñas, y á fe que de las que componen su repertorio, canta una tan llena de luz y frescura, que no parece sino que su voz es un hilo de cristal.

La tercera persona es un joven que canta seguidillas gitanas, dando pequeños golpes con el palo sobre las tablas, y cerrando los ojos para *hacer sentimiento*.

Sigue luego una serrana, envuelta en pañolón de Manila, y ésta sí que debe ser malagueña ó sevillana, porque rebosa donaire toda su per-

sona, y porque canta además de todo lo que Dios crió, con una verdad y una maestría, que aquello es una pura canela.

A esta diosa flamenca siguen dos tocadores de guitarra, diestros de verdad en el manejo de ella; pero como yo tengo ahora la nostalgia de mi tierra, echo de menos aquel fondo de tristeza y dejadez oriental que en seguida pondría de manifiesto en una mala guitarra cualquier mozo de los barrios del Perchel ó de Triana.

En la punta del tablado está, por último, el rey de los cantadores españoles, y muestra al público su rehecha estatura, su tez tostada, sus tufos á la madrileña y su pechera espléndidamente bordada.

Mientras una de estas figuras canta, siguiendo su turno riguroso, los demás *jaléanla* á grandes voces, y la que no, toca las palmas, y el que tampoco hace esto, da golpes en el suelo con un palo, que ¡quién había de decirle su porvenir, cuando se mecía, cargado de flores, en la selva!

Tras las figuras hay un gran espejo colgado en el muro, á cuyos lados lucen sus moñajos y colorines dos guitarras colgadas también á lo largo del espejo. En los demás muros del esta-

blecimiento, destácanse los retratos de célebres cantadores y tocadores, tales como el Canario y el Niño de Lucena, alzándose frente al tablado una especie de cantina, con sus pirámides de botellas, sus destacamentos de vasos, sus carros de platillos y sus pequeños montones de azúcar, todos de igual alzada y cortados *por la misma tijera.*

El público que llena el establecimiento, es de lo más acabado en punto á correcta pronunciación y aires truhanescos, pareciendo todos personajes escapados de los artículos de Mesonero Romanos.

Pero calla, que la muchacha ha lanzado su copla favorita, y cada subida que hace es saludada con una explosión de entusiasmo, de veras justificada, porque la niña mete la voz sin compasión carne adentro, y cuelga además unos caireles tan andaluces á lo que canta, que sale la copla de sus labios con más abalorios que caballo *jateado* á la jerezana.

El estruendo llega á su colmo: — ¡ Siga la fiesta ! — ¡ Vamos allá, vamos allá ! — ¡ Otra copla, serrana ! — ¡ Una caña, madrina ; moje usted esa garganta ! — ¡ Olé !

Esto, y mucho más, acrecienta los mil ruidos

de la sala, cuyo ambiente parece ser de fuego; los vasos chocan contra los vasos, caen los chorros del café dentro de las tazas, truenan las botellas lanzando los corchos al techo, los gritos y la algazara se extienden por todas partes, y en el tablado, no bien ha terminado una copla cuando se empieza otra, suenan acordadas las palmas, los tocadores hacen mil bordados de notas en las cuerdas, muévense las figuras, reprodúcense los colores en los espejos y la luz se quiebra y rutila sobre los personajes del cuadro, coloreando los semblantes, animando los contornos, y dejando un brillante reflejo en cada exaltada pupila.

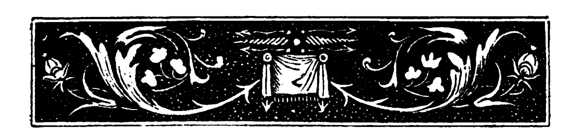
La gente pide nuevas coplas á los cantadores, y nuevos cantares salen de su garganta, ya dulces y halagadores, ya briosos y altivos, ya empapados de profunda tristeza.

Dan las doce, la una, las dos.....; el estruendo de palmas y de voces sigue al mismo compás, y yo, que me bato en retirada, oigo á medida que me alejo la voz de los cantadores, el rasguear de las guitarras, los gritos escapados de los flamencos, todo envuelto en una onda de vaga poesía, que se derrama por la noche como una luz del sonido.

Nadie cruza por las calles solitarias. El eco levantado por mis pasos, choca en los muros de las casas, rebota en el viejo frontispicio de alguna iglesia, y se borra en el aire para dejar paso á otro, y luego á otro, y después á otro.....



EL COLUMPIO



EL COLUMPIO

Ya se acerca el día de San Antón, con su sol amarillento y sus campos mustios. Las mozas del pueblo le aguardan como quien espera el santo advenimiento, y se ocupan en arreglar sus galas, detrás de la reja, con la copla entre los labios, y en la mente el recuerdo del novio.

El día de San Antón es el día en que se mecen los primeros columpios, y también los mozos le aguardan con agrado, toda vez que ellos habrán de ser los encargados de hacer ir por los aires, en dulce balanceo, á sus respectivas novias, mientras se forme bullicioso cuadro en torno del columpio.

Entre las mozas del pueblo, Rosario descuella por la gracia de su rostro y su color moreno aterciopelado, encantos que hace mayores su hermosa mata de pelo, recogida atrás en bien peinado rodete de menudos ramales, bajo el que asoman unas pequeñas orejas, pasadas por dos aretes de plata que, al andar de la moza, se estremecen, lanzando partículas de reflejos.

Según la fama, ya ha rehusado excelentes partidos, pues poco dada á visajes y amoríos, viósela siempre permanecer indiferente á las miradas de los galanes, ocupándose sólo en mover la aguja tras de su ventana, donde rozando con el tupido velo de madreselvas y rosales, bordaba pájaros y flores de seda, oyendo cantar al canario dentro de la jaula.

Este tenaz retraimiento de la joven, traía mortificado desde tiempo atrás á José, que la adoraba con pasión, si bien nunca le dejó traslucir su pensamiento. Rondaba á veces su calle, cuando podía hacerlo sin ser visto, y ni una sola persona del pueblo llegó á apercibirse de aquella pasión, que llenaba de suaves resplandores su alma.

De esta manera suya de ser, parecida á la de

la moza, nació acaso su simpatía hacia Rosario, la que por su parte, dicho sea en verdad, había mirado también alguna vez con ojos de complacencia al distinguido joven.

Ello es que ni uno ni otra se miraban con indiferencia, y aunque nunca se hablaron *al salir de misa*, ni en la fuente, ni en el paseo mismo, más de una vez lo habían procurado sin darse cuenta, y sin conseguir resultado alguno.

Era amiga de Rosario otra muchacha del pueblo, de carácter vivo y alegre. Rosa, que este era su nombre, formaba todos los años en su propia casa un animado columpio para invitar á todos sus amigos á un rato de broma.

Amaneció el día de San Antón, clásico para *pelar la pezuña*, y desde por la mañana estuvo Rosa haciendo sus invitaciones, dándose tal arte y manejo, que á las tres de la tarde ya tenía reunida en su casa á la juventud del pueblo, lo que dió por resultado, que decididos los ánimos á que empezara la fiesta, sacara Rosa las consabidas sogas de la recua, con las que se había de formar el *mecedor*, y que los mozos empezaran á atarlas á los hierros del balcón, dejándolas caer, en forma de lazada,

delante de la puerta, á corta distancia del suelo.

Hecha esta operación, púsose un ruedo en el fondo de la lazada, á manera de cojín, y empezó la disputa sobre quién había de ser la primera en sentarse al columpio.

Tocóle ser á Rosario, la cual pidió un pañuelo, como era costumbre, para atárselo á los pies, y sujetar la falda, que en contacto con el aire, hubiera pecado de indiscreta.

—¡Aquí está el mio!—exclamó de pronto un mozo, que no era sino José, entregando á Rosario su pañuelo, en una de cuyas puntas estaban las iniciales del mozo, primorosamente bordadas.

Aceptó Rosario la galantería, no sin dejar de ruborizarse, y atado que fué el pañuelo á sus pies, sentóse en el arqueado ruedo, echó el cuerpo hacia atrás, metiendo los brazos por dentro de las cuerdas, á las que se cogió con ambas manos; alzáronla en alto los mozos, y diósele la primera mecida, entrando su cuerpo dentro de la casa, después otra mayor, y más tarde otra, no teniéndose, por último, más que tocar al cuerpo de Rosario, para que las mecidas fuesen grandes y lentas.

Los mozos, congregados al lado del columpio, dispusiéronse á lanzar, formando coro, la primera copla; pero pidiendo las jóvenes que cantaran uno á uno, tocóle romper el fuego á José, que mientras empujaba el cuerpo de Rosario, cantó la siguiente copla:

Cada vez que vas y vienes
y me rozas cuando pasas,
las mecidas del columpio
siento yo dentro del alma.

—¡Bien, bien!—exclamaron todos en medio de risas animadas;—ahora que responda el columpio, que cante Rosario.

—¡Sí, sí, que cante!—repitieron todos, aguardando la intención de la copla.

La joven, comprendiendo que no había escapatoria, y siguiendo la costumbre establecida, contestó de este modo:

Mecedor que va y que viene
es cual dicho de mozuelo,
que en el aire en que se agita
está puesto su cimiento.

—¡Bien por Rosario! Eso es cantar y ponerse en razón—clamaron á una los concu-

rrentes, picados de curiosidad por saber si había algo de cierto en los cantares. En el momento, José, que había sido herido en su delicadeza de hombre enamorado, encajó esta otra copla, que fué derecha al corazón de la joven:

Lo que mi lengua pronuncia
es lo mismo que la roca,
ni la conmueven los vientos
ni el temporal la destroza.

—¡Eso, eso, ahí le duele!—clamaron de nuevo, fijos en el rostro de la moza, que encendido como la grana, mostraba una mezcla de pudor y regocijo.

—¿Qué contestas á eso, Rosario? ¡Venga otra copla!

—¡Sí, que venga! – añadió la fiesta en masa, ansiosa de ver el desenlace del drama.

Rosario cantó por segunda vez:

Siempre quiso mi cariño
á los hombres que son hombres;
que á los hierros, con ser hierros,
también se enlazan las flores.

Á lo que contestó José, ebrio ya de gozo y de entusiasmo:

Del jardín de tus amores
quisiera ser jardinero,
para ir poniendo, bien mío,
sobre cada flor un beso.

Desde el columpio lanzó Rosario su tercera copla, que decía:

Si jardín hermoso fuera,
cuando llegara el Abril,
la primera flor que abriera
la abriría para tí.

No cabiendo José de dicha en su persona, con voz hondamente conmovida, dejó oir su última copla, que fué la siguiente, quedando en espera de contestación:

En las ramas los jilgueros
se cantan no sé qué cosas,
cántame tú el *sí* que espero,
con esos labios de rosa.

La joven, antes de bajarse del columpio, puso fin al drama amoroso con este cantar, que fué acogido entre ruidosas aclamaciones:

Si solamente te afanas
porque te dé el *sí* que esperas,

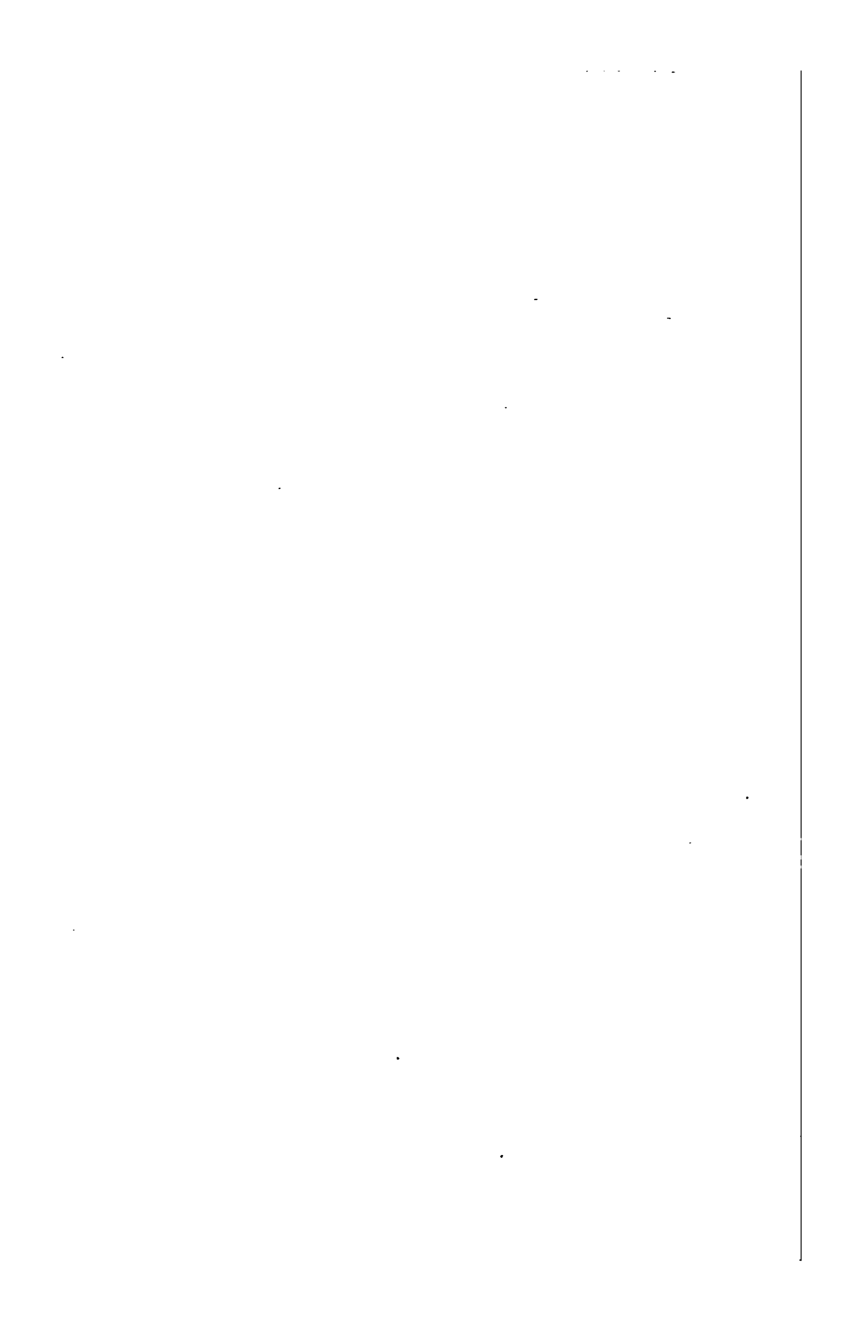
te lo diré con los ojos
para que nadie lo entienda.

La gente que había ido escuchando con interés la réplica amorosa, batió las palmas al bajarse Rosario del columpio, la que desatándose el pañuelo de los pies, adelantó hacia José y se lo entregó ruborizada.

Siguió después la fiesta, y siempre que en años siguientes tenía lugar semejante diversión, Rosa cuidaba de invitar á los dos jóvenes, que con su incesante tiroteo de coplas, daban mayor encanto y amenidad, al pintoresco cuadro del *Columpio.*



EL MOLINO





EL MOLINO

Á MI NOBLE AMIGO EL SEÑOR DON MANUEL BOSCH.

ALLÁ va el tío Serapio, paso pasito, en dirección al molino, todavía hinchados los ojos de dormir, y con aquel celo del molinero, que antes de que Dios eche sus luces ha de tener la tolva repleta de aceituna, enganchado el rucio al desgastado tiro, y encendido el horno de carbón, que habrá de hacer andar á la máquina.

No tiene que dar á nadie los buenos días, porque á nadie se encuentra en el camino, y no es que en el pueblo escasean en tal guisa los vecinos, sino que es tan de mañana, que ni siquiera empieza á debilitarse el *lucero migue-*

ro; y eso que en el vecino lagar, ya apuraron los pastores las migas y empezaron á sacar el ganado del cobertizo.

Tan abismado va en sus cavilaciones, que ni siquiera repara en el aspecto del pueblo, sumido en el más profundo letargo, y rodeado de ese ambiente poético que antecede al amanecer; bien es verdad que ante un quehacer no hay recreo posible, y, como dice el refrán, la obligación es lo primero, que si así no fuera, en rositas se nos iría el tiempo, y en farándulas, y nada más que en farándulas, vendríamos á quedar.

Digo, pues, que andando quedo y pulidamente, porque pulido era el tío Serapio, llegó á las puertas del molino, metió la llave en la cerradura, y sin chirriar un solo hierro, que no en vano estaba la cerradura cerca del aceite, abriéronse las hojas y penetró el molinero, aspirando aquel aroma del orujo y de la aceituna, que como ráfaga invisible acudía al olfato, no bien se metía la nariz por aquellos adentros.

Hizo luz el madrugador con un fósforo sobajeado y tocado de aceite, y aplicólo en seguida á un candil, que Dios nos tenga de su mano,

tal era de grande, y tan lleno hallábase de aquel líquido que arrojaban los olivares.

Bien se argüía al ver aquel candil, que no se cumplía en torno del tío Serapio aquello de que «en casa del herrero, asador de palo», sino que, antes al contrario, tirábase de largo y tendido, quizá por lo de que «dinero llama dinero» y «ahorrado un duro, otro viene en su compaña.»

Ello es lo cierto, que taladrando las sombras con las pupilas y andando á pasos cortos, con acompañamiento de mecidas de candil, llegó cerca de la máquina de la prensa y colgó la luz del muro, siguiendo el candil en sus mecidas, que primero fueron de punta á punta, después más breves y pausadas, luego de un vuelo raquítico, y tan diminutas por último, que á no haber seguido con la vista desde el principio aquella gradación aérea, nadie pensara que el candil se movía, sino que al revés, tan parado estaba cerca de la pared, como mi abuela en la sepultura.

Sentándose después un momento cerca de la luz, sacó el tío Serapio la petaca, de la cual extrajo primeramente un librillo de papel, y arrancado que le hubo la primera hoja, des-

pués de dar porción de soplos en el canto de los papeles, llevósela á un extremo de los labios, donde quedó colgando de una punta, entreteniéndose luego el molinero en vaciar y desmenuzar en el hueco de la zurda el tabaco de un cigarrillo, que poco á poco dejó limpio de polvo y palos, primero palpando con las yemas de los dedos el tabaco, y luego pasando la cantidad de hoja seca de una mano á otra, y soplando después en la que quedaba vacía.

Cuando ya humeaba el cigarro, retrepóse un tanto en la silla el molinero, y mientras que parecía echar sus cálculos acerca de las fanegas recibidas y de los cántaros entregados, quedóse tan plenamente bañado por la luz, que entre fumada y fumada, puesto que tan bien se le descubre, vamos á retratarlo en dos pinceladas, no echando en ello más tiempo de un periquete.

Bajo un cabello todo reluciente, si entre cano si entre negro, para mayor finura colgado de rizos naturales, veíanse unas cejas pobladas y recias, con vicio hacia arriba, cejas que daban sombra enérgica á dos ojos, si verdes si azules, que esto también andaba entre si son flores ó no son flores, destacándose luego

una nariz, con conatos de ángulo en el centro, tal era de alzada en su promedio, y viéndose debajo una boca rosada, de labios cuidadosamente rasurados, como el resto del semblante, monda que todas las mañanas hacíase el tío Serapio puesto ante el espejo y alumbrado por un velón, moviendo alternativamente jabón, navajas y escobilla.

Lo restante de la persona del molinero era de buena conformación, observándose en su traje aquel ser y aseo del que instintivamente se pule y arregla, no aparentando, por esta razón, la edad que tenía, sino disimulando con holgura parte de ella, no tanta, sin embargo, que dejara contento del todo el ánimo del molinero.

Del cuello á las rodillas cubríale un lustroso mandil de cuero amarrado con dos cintas á la cintura, y asomaban bajo el mandil dos negros perniles de estezado que caían sobre unos recios zapatos, claveteados en las suelas y muy bajos de tacón, porque era lo que decía el tío Serapio: «Nada de tapas, que eso son embelecos de jóvenes.»

Cuando hubo terminado de fumar el cigarro, levantóse el molinero, y aplicando una

orcida al horno, llenóse éste al pronto de humo, y muy luego empezó á avivarse y á avivarse la llama, acabando por hacer moverse la máquina, que tuvo como un desperezamiento de monstruo, despertando de su sueño de hierro.

Las seras llenas de molienda, puestas unas sobre otras en la máquina desde el día anterior, fueron oprimiéndose lentamente, y entonces un hilo cauteloso de aceite se deslizó bajo el engranaje de ruedas, y fué á dar en el cercano depósito, donde por el pronto se recibía el valioso producto de los olivos.

Á todo esto, ya el rucio giraba arrastrando la piedra, bajo cuya mole crujían los huesos de las aceitunas, que á compás de unos golpecitos, tan pronto apresurados, tan pronto rehacios, según el ánima del rucio, iban cayendo de la tolva y poniéndose bajo el dominio de la piedra, la cual no cesaba de levantar del suelo un rumor apagado, al que acompañaban las silenciosas pisadas del animal, girando siempre dentro de la pista.

Como á todo esto ya el pueblo se había puesto en movimiento y el sol empezaba á asomar en Oriente, pronto principiaron á lle-

gar de los cortijos cercanos porción de cargas de aceitunas, acompañadas de algún zagal diestro en el manejo de carga y descarga, ó del dueño mismo de la cosecha, que quería ver por sus propios ojos colmar la cuartilla al zaino molinero, que procuraba para sí, según él, lo ancho del embudo, que no lo estrecho, dejando esto último para el cosechero.

Á poco tiempo de llegar la primera carga, llegó también la segunda, luego la tercera, y por último, el molino no era otra cosa que una feria de ganado, bien que no muy lucido, entre el cual giraban muchachos y campesinos, quién sosteniendo un tercio para descargar, cuál conduciendo del ronzal hacia la calle al burro libre de los serones, aquél reduciendo por las orillas la pirámide de aceituna de su propiedad, y otro, por fin, hablando al molinero, ocupado en medir, mientras en el suelo extendíase un laberinto de sogas y tomizas, á modo de pintoresca alfombra.

—¡Arre, Platero!—gritaba un zagal, y sacudía un varazo al aludido en las partes traseras, que le hacía salir á la calle de medio lado.

—¡Toma, Remendao!—decía otro, aproximando su bestia cargada á la pila.

— [illegible] —[illegible] otro, [illegible] sus costillas.

[illegible]

— [illegible]—[illegible]—[illegible]en tan- [illegible] suman tal [illegible]

[illegible] que siempre creía [illegible] el molinero la [illegible]

—[illegible]—[illegible] á repetir,— [illegible]....—Y no [illegible] porque en aquel momento [illegible], que hasta las [illegible]. El *aria* [illegible], hasta que al cabo fue- [illegible], y pronto con- [illegible] en una respiración fatigosa, que permitió al molinero coger el hilo de su discurso, y decir de nuevo:—Total....—Pero estaba de Dios que no había de ajustar la tal cuenta, porque en este instante estalló otro no menos apasionado rebuzno, tan largo como el anterior, tocándole esta vez al paciente rucio de la tolva, que no quiso ser menos que el compañero, lo cual acabó por dar al traste con la paciencia del molinero, que pidiendo á un

campesino la vara, descargó tal palo sobre las costillas del burro, que al punto terminó su *cantata* y salió poco menos que á carrera tendida por la pista.

El *tic tac* de la máquina de la piedra, redoblóse entonces de tal manera, que no parecía sino la de un reloj escapado.

Poco á poco fueron bajándosele los humos al rucio—¡que también las torres caen á su peso!—y normalizado todo nuevamente, volvió el molinero á las andadas, cerrando al fin el *debe* y el *haber* que se proponía, quizás por aquello de que «el aceite siempre queda encima.»

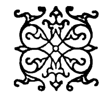
El día, mientras tanto, había dejado caer sobre el pueblo su avalancha de luz, y apuntaba las diez el reloj de sol de la iglesia; hora en que acostumbraba almorzar el tío Serapio, y en que acaso esperaba con mayor gusto á la portadora del almuerzo, por su linda cara, que no al propio alimento.

Desalojado un tanto de bestias el molino, no se hizo esperar la conductora de la comida, que apareció con el porta-viandas en la una mano, y revestida de aquel aseo y pulcritud debidos á la persona del tío Serapio.

Puesta tenía la mano el molinero sobre un trozo de orujo, como quien busca apoyo y descanso, cuando entróse por la ancha puerta del molino el *suspirado almuerzo*, que arrancó dos chispas de placer á los ojos del tío Serapio.

Cambiando éste y la recién llegada un doble saludo de palabra y sonrisa, extendióse el mantel sobre una mesa, y pusiéronse á almorzar.....

Pero no hemos de seguirlos en todas sus evoluciones, que ésto, á más de ser descortés, sería indiscreto; y si alguien preguntara qué mujer era aquélla, como no quiero dejar al lector con esa desazón, y como en este pícaro mundo todo ha de decirse, contestaré que aquella mujer no era otra que *Curra*, la famosa *Curra*, querida del molinero.



CUADRO BOHEMIO



CUADRO BOHEMIO

Hoy sí que se me ríen á mí las pajarillas de gusto. Como que se trata nada menos que de una fiesta de gitanos; y cuenta que la tal fiesta no vamos á sacarla de nuestra cabeza, sino que, por el contrario, la hemos visto con nuestros propios ojos en más de una ocasión, destacarse del fondo tenebroso de la fragua.

Y solamente porque bien creímos observar sus detalles y apreciar su conjunto, vamos á dar cuenta de ella; que sólo lo bien sentido y bien sabido es lo que está más al alcance de poder ser expresado, y asunto es éste de la Bohemia, que de memoria sabemos, pues una

de las cosas más frecuentes de mi tierra, es la de toparse de manos á boca, al volver de una esquina, con la airosa figura del gitano, que para planta y para jarabe de pico, ¡eche usted, que se derrama!; y en cuanto á verdad y á dejar las cosas en su sitio, perdone usted por Dios, hermano, que no está el señor en casa.

Apuntados estos *tiquis miquis*, para demostrar que nos hallamos bien provistos de lo necesario, vamos, con permiso del lector, á extender el lienzo sobre el caballete, donde irán poco á poco apareciendo trazos informes de carbón y perfiles de objetos y de figuras; después cobrarán vigor las líneas, se irán apurando más y más los detalles, y una vez terminado el dibujo, caerá el color sobre el lienzo, derramándose en todas direcciones, aquí acusando un relieve, allí un enérgico contorno, más allá un vistoso traje, al fondo un grupo de figuras, y la luz, por último, vendrá á caer sobre el lienzo, haciendo resaltar todos sus defectos, ya que no todas sus bellezas.

Y puesto que hemos puesto manos á la obra, trazaremos, sin más dimes ni diretes, la figura de Estrella, que sólo cuenta veinte años, y sobre un cuerpo bronceado y escultural muestra

media y zapato demasiado pulcros para figura gitanesca, enagua con guarniciones que le llegan unas tras otras á la cintura, cuerpo ceñido con mangas flotantes, una sarta de corales al cuello y un cabello volcado en rizos sobre la espalda, por donde baja enmarañándose y retorciéndose hasta dar en la cintura, donde va á caer á manera de cascada, para rebotar é ir á parar á la falda del vestido, dejando envuelta casi toda la descripción de la figura.

Camilo es también un guapo herrero, novio de Estrella, que trabaja en la fragua de ésta, y que, ceñido el mandil de pieles, y al aire la robusta musculatura, le canta al tremendo repiqueteo de los martillos :

«Yunque, martillo y fragua
rompen los metales;
el juramento que yo á ti te he hecho,
no lo rompe nadie.»

Bastián es padre de Estrella, y maldiciente marido de la más arrugada vieja que se sentó al lado de fragua alguna, dicho esto mismo por su propio esposo, gitano de hueca palabrería, pantalón de campana, chaqueta con alamares, y faja y tijeras á la cintura, tan dispuesto de

suyo á hacerle la carona á un borrico, como á envolverse la chaqueta al codo y darse con cualquiera veinte saltos de gallo á golpe de navaja.

Completan la familia, prole numerosa, un mozo gitano que bate bien el hierro, un hermano de éste y porción de bohemios que, aunque ya no pertenecen á la familia, van de continuo á la fragua á poner de manifiesto su persona y á enseñar la sucia y desordenada melena.

La fragua brilla en la oscuridad de la noche como departamento del infierno, oyéndose el resoplido de la llama y el golpear de los martillos sobre el yunque, arrancando al hierro candente estrellas de fuego, que van á dar en los muros como balas de oro.

La orgía bohemia va aproximándose; á un extremo hierve un extraño guiso sobre un anafre, cuyas puntas semejan cuernos de cabra; jarros de vino y trozos de cerdo hacen coro al anafre; espera acá y allá buen número de gitanos el rumor de la fiesta, y todos se regodean en el cercano jolgorio, mirando de hito en hito las báquicas vasijas que contienen el sabroso zumo de la parra.

Sólo se aguarda soltar los martillos para empezar.

Sale ardiendo por última vez el hierro de las llamas, y colocado sobre el yunque, pronto cae á sus lomos el macho, que acompañado de otro martillo, cógense ambos el compás, y volviéndose el hierro de uno y otro lado, va adelgazándose y alargándose en dos puntas, arroja un peto después por la parte opuesta, y pronto vése aparecer la zancuda silueta del azadón, que habrá de clavarse en la tierra, y llamar los gérmenes á la vida.

Todavía óyese un poco más el especial repiqueteo de los martillos, y la tarea dase por terminada, con gran contentamiento del muchacho encargado del fuelle, que con más ganas de divertirse que de trabajar, envió pacientemente el aire á la rabiosa llama.

Arrastrando Bastián hacia el centro una mesa con más agujeros que moco de fragua y negra como el ébano, empezó á volcar la vieja la vianda, que si fuéramos á dar crédito á nuestros ojos, salía de la olla como envuelta entre manecillas humanas y pequeños pies de recién nacido, que, tal vez la Celestina pondría á buen recaudo durante sus expediciones diciendo la

buena ventura, para después sazonar con más deleite el endiablado puchero.

Ello es que pronto vióse rodeada la mesa por la invasión de gitanos, los cuales empezaron á regodearse en la comida entre un estruendo infernal, que subió de todo punto cuando corrió el vino, escanciado en vasos opacos y mugrientos.

Todos, chicos y grandes, metían la mano en la misma fuente, atrapando grandes tajadas, y todo era ir y venir con tenacidad al plato, viéndose pronto más limpio de toda señal de alimento, que si por arte de magia volara el guiso por los aires, sin ser notado de nadie.

Las tremendas navajas de hoja descomunal hacían veces de tenedores durante la comida; rebaneábase el pan con insuperable destreza; abrían tamaña boca los llamados *chorreles* para recibir el menjurje, y los sombreros de catite aproximaban sus puntas unos á otros, según que los cuerpos se inclinaban ó movían entretenidos en la tarea.

Tras las primeras copas corrieron otras; después llenáronse de nuevo los vasos, y á lo último ya circulaba el vino por la mesa como si cayera el más alegre chaparrón sobre la concurrencia.

Cuando sólo quedó la tabla cubierta por vasos y botellas, Camilo dió un repentino salto sobre la mesa, y comenzó á bailar un zapateado gitanesco, que acto continuo vióse acompañado por un corro de risas y voces estentóreas, como si toda una legión de gitanos muertos saliera gritando del infierno en medio de una alegría satánica, para saludar á los compañeros de por acá.

Camilo, levemente agachado y con los brazos por el aire, ya iba de una punta á otra de la mesa dando taconazos, ya se fijaba en un punto, y sin salir de él, hacía mil evoluciones sobre los pies, ya iba volviéndose en una pausada vuelta, mostrando á la concurrencia todos los lados de su cuerpo, ó ya daba un salto, sin perder el compás, mientras imitaba con las yemas de los dedos un repique de castañuelas y llevaba al mismo tiempo una botella de vino sobre la cabeza, que ni en la vuelta más rápida hizo el menor movimiento.

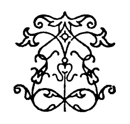
Después, amarrando la voz al compás de las palmas de los gitanos, cantó esta seguidilla, que poco á poco fué internándose en el pecho de Estrella:

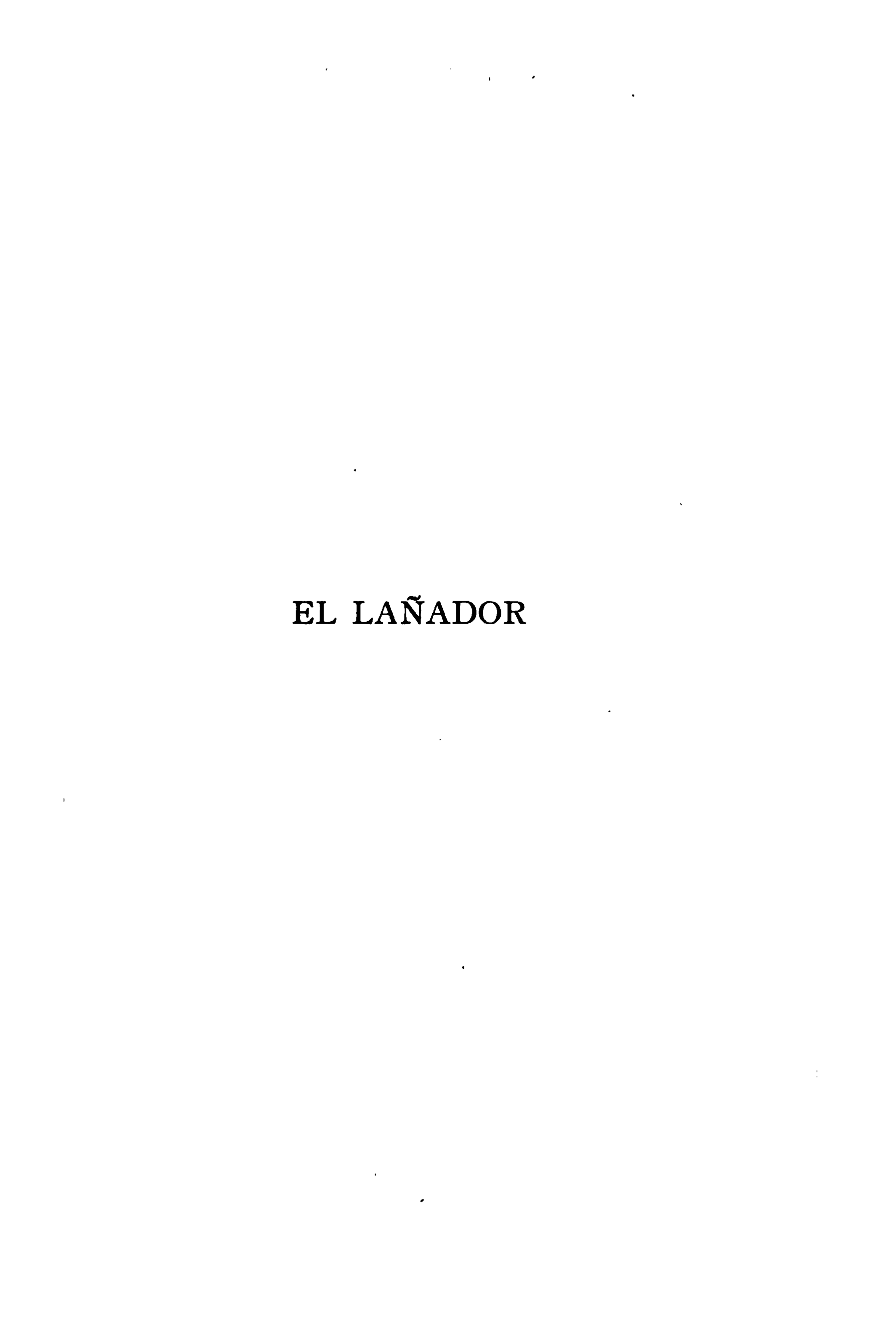
«Dime que me quieres,
dilo con tu boca,
que los ecos que por ella salen
me suenan á gloria.»

Entonces, bajándose de la mesa Camilo y subiéndose la gitana, movió con arrogancia el soberano tren de curvas de su cuerpo, y como por un tubo de cristal, lanzó por su garganta esta otra seguidilla, que fué acompañada con un repique de los martillos, siguiéndose luego la fiesta:

«Mira si te quiero
con fatigas grandes,
que te llevo *jirviendo* y *metío*
dentro de mi sangre.»

. . . .





EL LAÑADOR



EL LAÑADOR

AL SEÑOR DON PEDRO LARA Y PEDRAJAS.

MUY de mañana se acerca al lugar el restaurador de fuentes y lebrillos. Como ajusta su vida al incesante trasiego de solo me voy y solo me vengo, tan pronto está aquí, tan á las veces allá, unas noches duerme en una posada, otras las pasa caminando hacia algún publo, y siempre está en continuo viaje, nuevo Judío errante condenado á zurcir y empalmar vasijas de barro.

¡Y el día está á propósito para caminar! Con tal ímpetu se deja sentir el viento, que el pobre lañador va envuelto en una nube de polvo del camino, que, no por consistir en tro-

chas y veredas, deja de levantar sus remolinos de pólvareda, entre fragmentos de hoja seca y menudas chinas de pizarra, que aviado está el hombre si una va á estrellársele en un ojo.

El flúido invisible arrastra con gárrula perorata locos torbellinos de pámpanas secas; silba con finos pitidos en las retamas puestas de punta; resuella con vigor en los troncos de los álamos; ronca en los huecos de los pedruscos estremeciendo las rocas, y truena y retumba en las lejanas cordilleras, llevando á incomprensible altura trozos de papel, plumas formando giros accidentados, y complicada balumba de tallos secos, trapos hechos trizas, y ligeros esqueletos de penca.

Los pájaros vuelan con torcido sesgo, llevando al aire la contraria, y cuando lanzan alguna nota, el viento la arrastra con tal fuerza, que apenas si llega á los oídos como un eco lejano.

En medio de tan espantoso huracán, arriba al pueblo el lañador por lo más alto de la población, y allí, llévase la mano sobre una mejilla, y pregona, azotado por las rachas del aire: *¡Componer platos, tinajas y lebrillos!*

Cantado lo cual, tira calle abajo, envuelto

en el manto de rosarios que labra al andar, terciada al hombro la grasienta mochila, donde se esconden cuentas, alicates y cal para las lañaduras, y metido en el brazo, cerca del hombro, su extraño aparato de abrir boquetes, con su palo horizontal, su á modo de enorme trompo en la punta, y su torcido correaje, que hace bailar al peón sobre los platos.

—*¡Componer platos, tinajas y lebrillos!* vuelve á pregonar, llevándose la mano sobre la mejilla.

—¿Á ver? ¡lañador!—grita una mujer saliendo á la puerta de la calle, con el moño arremolinado y los pelos de punta.

—¡¡Allá va!

Pero una repentina ráfaga arranca al lañador el sombrero, y por pronto que échase mano á la mollera para sujetarlo, vásele á todo correr por medio de la calle, y aquí rozo, allí tropiezo, boto contra una pared, y toco el ala de un tejado, el lañador va jadeante en su carrera, entre agachadas y subidas, tropezones en las piedras y hocicadas contra el suelo, todo, por supuesto, coreado por el sonoro estrépito de los rosarios y el crujir de los clavos y latas dentro de la mochila.

En un extremo del pueblo recoge por fin el sombrero, poniéndole el pie encima, y colócaselo nuevamente en la cabeza, agarrándolo de un ala y doblando el cuello de un lado para contrarrestar el aire.

Paso tras paso vuelve entonces á la casa donde fué llamado.

—¡Este lebrillo! ¡á ver!—exclama la mujer, mostrando en dos ó tres pedazos la pieza.

El lañador, uniendo las partes unas á otras, marca con un hierrecillo los espacios entre puntada y puntada, y dice como hablando consigo mismo: «dos y dos cuatro, y cuatro ocho; á tantos, son tantos; total..... tres reales vale la compostura.»

—¡Tres reales! ¡Ave María! Por ese dinero, nuevo tengo el lebrillo cuando quiera; que en yendo alguna persona á los tejares, no hay como encargárselo, y lo mismo que las propias rosas.....

—Pues si no apaña.....

—¡Pare usted el jaco, hombre! no sea usted tan *súpito*. ¿Dos reales, sirve?

—Poco es, pero vamos á componerlo.

É inmediatamente descuélgase la mochila, que coloca sobre el empedrado, abre la lata de

la cal, saca una caja llena de lañas, y poniendo la punta de la barrena cerca de la rotura del lebrillo, *ris ras*, *ris ras*, empieza á hacer el primer agujero, acabado y *soplado* el cual, hace el segundo en la opuesta banda, y aplica en seguida la laña, primero de un lado y luego de otro, con repiqueteo de martillo sobre el tiesto, y unto de cal sacada á yema de dedo, de la lata, y extendido sobre el alambre en rápida y ligera frotación.

Á pesar del aire, las vecinas acuden en torno del lañador, sentándose en el suelo, y un buen golpe de chiquillos acude también á contemplar la tarea.

Las mujeres echan mano en seguida á los rosarios, deslumbrándose con los colores de las cuentas.

—¡Qué bonito es éste!—dice una.

—¡Pues no que éste!

—Mira, aquél para ti.

—No; para mí el otro, que es azul.

El hombre en tanto pega laña tras laña, haciendo dar bailoteos al aparato, sobre el lebrillo.

Cuando pasa una hora, da por terminada su tarea, y entonces la interesada llena de agua la

vasija para ver *si gotea*; hecho lo cual, paga lo estipulado al lañador, que cuelga nuevamente los chirimbolos á su persona y aléjase entre mecidas de rosario y el asombro de los chiquillos.

Luego de haber torcido la calle, vuelve á cantar entre el apedreo de las chinas y el ruido del viento: *¡Componer platos, tinajas y lebrillos!*

Nueva escena, idéntica á la anterior, se representa en otra casa, y después en otra, hasta que recorrido por completo el lugar, el lañador sale por el Calvario, desde donde se divisa otro cercano caserío.

El viento, mientras tanto, no cesa en sus remolinos. Tan pronto envuelve al lañador en una nube de polvo, como le hace andar á la fuerza ciñéndole los sayos al cuerpo, ó intenta arrancarle la mochila del hombro, empujándole para hacerlo dar en tierra.

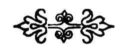
Las pitas y chumberas del camino mécense con bruscas sacudidas, y las hojas secas de la vid persíguense unas á otras como arrebatándose algún objeto: encuéntranse en un choque brusco y repentino; retíranse después rastreando hacia tal hueco ó á esconderse bajo tal pie-

dra; vuelven á salir sigilosamente de sus escondrijos, y viénense otra vez á las manos, levantándose en vertiginoso remolino que, hila que hila, anda hacia adelante como una forma extraña y animada, y estalla por último en vigorosa explosión de hojas y de papeles.

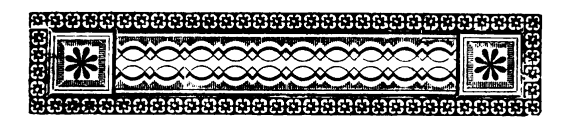
Las copas de los algarrobos suenan con el apagado rumor de un horno de llamas; silba el aire en las puntas y remates de los olivos, que cabecean en forma de negación por todos lados; estremécense las tejas sobre los caballetes de las casas, y el lañador tiene que agarrarse á alguna piedra para no ser lanzado á los aires.

Mientras de soslayo va haciendo su camino hacia el pueblo inmediato, en las calles del lugar arranca el aire ristras de fuego á los braseros puestos á encender; y cuando ya está lindante el hombre al próximo caserío, llega á él entre el arrastre del viento y las rachas retorcidas, el largo y característico pregón del lañador, que entra en el otro pueblo diciendo:

—*¡Componer platos, tinajas y lebrillos!*



LA FIESTA DE SAN ANTÓN



LA FIESTA DE SAN ANTÓN

AL SEÑOR DON MARIANO CAVIA.

AQUÍ latigazo ; allá rebuzno ; más allá recios pares de coces; delante ruido de cascabeles ; á los lados golpes de herraduras sobre las piedras ; gritos , imprecaciones, diálogos , convites á la taberna, mantas , jaeces, abalorios y ringorrangos ; todo fúndese y choca en original sinfonía, donde la cubierta de alamares es el tema cien veces repetido, y el bullir y rebramar de la gente el grandioso concertante de tan atronadora fiesta.

Desde los viejos paredones de la cárcel antigua, de arcaico aspecto, hasta la anchurosa Puerta del Sol, un reguero de gente va y viene alborozada á rendir tributo al venerable San

Antón, que, no creyéndolo bastante entretenido con cuidar de su pequeño marrano, encájanle y ponen bajo su custodia todo el dilatado ramo de raza caballar, desde el espléndido potro de anudada cola y trenzadas crines, cubierto bajo un diluvio de borlas y jaeces, hasta el desventurado rocín de maldecida ralea, todo lleno de esparavanes, chapas y descosidos.

En llegando San Antón, el arriero de Madrid cambia el cinto y la vara por la faja y el traje de fiesta, y allá se lanza á trote de burro ó á carrera de caballo, cuando no acude al regocijo á lomos de quisquillosa mula, más diestra en disparar pares de coces que en sufrir pacientemente su carga.

Ved atravesar por entre el gentío al vivaracho Antolín, encaramado en un gigantesco macho, á cuyo vientre llegan apenas las piernas del jinete, que se traquetea y desencaja del aparejo á cada trote del imponente monstruo; más allá sacude varazo limpio á su rucio travieso el deslenguado Juan Terrible, cuyos pies caen de la pequeña cabalgadura y arrastran por el suelo; Felipe Tragapanes camina también espatarrado sobre una inquieta jaquilla que revuelve las manos y cabecea, dándose humos de bestia

mayor; Aniceto el Sordo conduce su larga recua, puesta de tiros largos, donde nunca acabán de pasar mulos; D. Anselmo, vecino de la plaza de la Cebada, luce su chaqueta de terciopelo, encaramado en su enjuta yegua, y cubre su cabeza con sombrero de amplias alas, bajo el que se descubre un rostro todo lunares; Tiburcio el Feo adelanta asimismo sobre una cómica burra, enseñando su media oreja y su nariz chafada; todos, lo mismo el dueño y poseedor de lo que monta, que el puesto á servicio de su dueño, van hacia las puertas de San Antón, donde se bendice la cebada, dejando atrás puestos llenos de rosquillas, tabernas atestadas de gente, tiendas con los dueños á las puertas, cafés rebosando parroquianos, balcones coronados de lindas madrileñas, y olas y olas de hombres y mujeres, que se atropellan con igual empuje y vaivén que si fueran verdaderas moles de estruendo y de espuma.

Por una ventana de la iglesia, un tonsurado sacristán, de arremangada sotana, alarga sin descanso estampas del santo y saquitos de cebada, interrumpiendo á veces su tarea por enorme hisopazo, que así riega el grano piado-

so, como siembra de gotas el arrugado rostro de algún empatillado chalán.

Por riguroso turno desfilan ante la ventana cabalgaduras y personas, formándose como una imponente marea que se estrella contra los muros del templo.

Entretanto, un jinete, que atraviesa la calle, se apea á las puertas de la casa de Baco, pidiendo para él, y para *los presentes*, seis copas *de lo bueno*, que el tabernero se apresura á poner sobre el mostrador, junto al chorro de la fuente, la cual rebosa, encharcando la cubierta metálica; en el suelo de la estancia quédanse marcadas las pisadas, á causa del vino que rueda por todas partes; resuenan con apagado fragor zapatos y almadreñas sobre los ladrillos, y bancos, barriles que sirven de asiento, sillas, bandejas y cristales, rózanse y golpean en abigarrada armonía, uniendo su rumor á los gritos, canciones cantadas *por el vino*, toses, estruendo y algazara, todo lo cual flota en un ambiente de vapor y humo de cigarros, que convierte la estancia en un horno de llamas.

Por la calle, enróscase y fluye la catarata entre prolongado rosario de mulos y caballos, abriéndose por medio de todos ancho paso un

jinete clavado en la silla de un elegantísimo potro, que se escucha al asentar los amplios cascos sobre las piedras, y cabecea con gentil arrogancia, moviendo el agitado tropel de borlas y espejuelos que cae en forma de velo sobre sus ojos. Poniendo hacia adelante las orejas, enarca el airosísimo cuello, esparciendo trozos de espuma y gotas de sudor, que resbalan por sus robustas ancas, sobre la vigorosa red de las venas; tasca impaciente el duro freno, con movimientos de lengua y gentiles escarceos; forma una curva en el aire con la cola, presa en azul vendaje, que termina en un haz de brillantes y variadas borlas, y encabritándose graciosamente y trotando sobre lo ya pisado, levanta con rumbosa gallardía los brazos, alcanzándose al pretal con las corvas herraduras.

Rey del torneo es el andaluz animal, y todos se vuelven para mirarle.

El sol tiende su manta de bucles de oro sobre la agitada muchedumbre, y un velo de agitadas moléculas flota á los rayos de la luz, que la tarde recuesta sobre la escena.

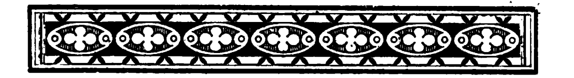
Bajando lenta é insensiblemente el tumulto, principian á iniciar su regreso las cabalgadu-

ras, atravesando á lo largo de las calles y azotando con los cascos los empedrados, de los que arrancan centellas fugitivas.

Bajo las primeras sombras del crepúsculo espárcese el pueblo alegre y satisfecho, y yo me alejo también regocijado, llevando en la mente aquel inimitable cuadro del Solitario, conocido por el nombre de *La feria de Mairena*, donde el pintor de costumbres dejó sobre el papel, como no pudo hacerlo otro ninguno, el limpio y acicalado reguero de perlas de su pluma.



DE PIEDRAS ABAJO



DE PIEDRAS ABAJO

AL SEÑOR DON JACINTO OCTAVIO PICÓN.

No allá en la capa terciaria ni cuaternaria de la tierra, donde dicen que se hallan los fósiles de seres que no existen, ni tampoco más cerca de la planta del pie, sino á misma flor de tierra, he oído uno de estos días las cosas más extrañas, teniendo puesta la oreja contra el suelo, en medio de un espacioso campo, sitio en el cual no hay temor de tropezarse con las personas á quienes uno les debe cuatro picos, que maldito si suman poco más de nada, cantidad que, por otra parte, nada tiene que ver con la geología.

Es el caso, que hallábame tendido á la bartola, recibiendo una apacible lluvia de rayos de

sol, cuando he aquí que percibo debajo de tierra una grande y espantosa algarabía, que al pronto púsome á la fuga, despertando mi instinto de conservacion, pero que muy luego atrajo mi interés y curiosidad, con lo cual no pude por menos de retroceder y adoptar mi anterior posición, quedando, como si dijéramos, cosido á la tierra, por el hilo de la atención.

Es el caso, que lo que yo oí, era dicho allá abajo en forma y manera tal, como si se tratara del planteamiento de una grande cosa, digna de ser cantada, á voz en grito, por aquellos antiguos poetas, que todo lo gastaban en versos fanfarrones, advertido sea con perdón de cuantos aun siguen creyendo que hay brujas.

La imponente algarabía, alzábanla, de un lado, aquellos jugos de los vegetales, denominados savias, las cuales, poniéndose en movimiento, dábanse á porracear en los troncos, como si llamaran á palacios deshabitados, y levantaban el natural estruendo á cosa hueca, como si dentro de los dichos troncos no hubiera quien estuviese encargado de abrir las cortezas y dejar paso á las alborotadoras, que por lo visto querían hacer allá dentro no sé

qué cosas de fisiología, corriendo por raíz y tallo de las plantas.

Á lo que podía deducirse, ya había tenido efecto idéntica escena durante días anteriores, porque más cerca aún de la superficie, percibíase un inmenso trasiego como de formarse de yemas y de abotonarse de hojas, que aquello era un no vivir, según y como trataban de empujarse unas á otras y de querer arrebatarse los puestos, sin contar con las que se tropezaban en el mismo tallo y se daban de pescozones por disputarse el reducido paso, no de otra suerte que si en el mundo no hubiese más sitio por donde correr.

En esta terrible confusión, en que el egoísmo tiraba por medio de los trigos, sin respeto á nada, y sólo por hacer su voluntad, distinguíase á manera del desconcertado fragor de una batalla, y nada, si se ve, faltaba, para que batalla fuese, pues tan pronto oíase el crujido de algo que reventaba, como á las veces acalorada disputa, ó como también un ¡ay! doloroso de algo que moría, ni más ni menos que si le hubiese vencido cosa de mayor empuje y resistencia. La horrenda batalla, en verdad que metía miedo, y traía á las mientes los trágicos y grandiosos sucesos de los hombres.

Una voz tan potente que horadaba los más grandes peñascos y se perdía en las interiores y eternas vibraciones de la tierra, sobresalía y dominaba en las demás voces del concierto, y era la voz del soberano dios Jugo, que, como dueño y señor de hacer cuanto en bien le viniere, ordenaba é imponía á su antojo, y eran de oír sus acentos de mando á través de retoños y de raíces.

¡Á ver!—decía con tono imperioso—esos señores pistilos, que se callen y no exijan más de lo justo, pues no es bien estar todo el día en brazos de los estambres, dando ejemplo de inmoralidad á mis tropas y pasando horas y horas en coloquios. Esa rosa que va tallo arriba, ¿a ver? ¿lleva todo lo suficiente de dobleces y semillas? No quiero que se presente mal á los poetas; siga su curso, que por mí, bien despachada queda; la luz hará lo demás allá arriba. Esos lirios, esos lirios, que no parece sino que van á oficiar de obispos, vengan acá; os encargo mucho cuidado con las espadas que vais á tener por hojas al pie; lo primero es no cortarse. Suba la invasión de lilas, que ya el sol las dejará á medio teñir con las zurrapas del tinte hecho para los lirios. ¡Á mí las plantas

rastreras, encargadas de chupar el zumo ó cuanto tocan! ¿á ver? vayan ustedes muy noramala señoras mías; no hay flores para ustedes; subid, subid á flor de tierra para que os pisen. ¿Quiénes son las que vienen hacia acá? ¡sí! ¡paso á las violetas! si no, se escurrirán por algún lado sin ser vistas; ¿decís que nó queréis grandes hojas, ni gentiles tallos, ni brillantes colores? así me gusta; sois mi orgullo; á cambio de esa modestia, allá va lo más espiritual que poseo; empapaos en ese perfume. ¿Los geráneos? no parece sino que habéis andado á moquetes con las sardinas; ¡qué peste! la luz os compensará allá arriba con vivo color. Los claveles, ¡muy señores míos! vaya si sois nerviosos y poseéis vigor y energía; parecéis los hombres delgados de las flores; ea, bañaos en ese poco de buena esencia; nó quiero que digan que sois unos cualquieras; ¡pues no faltaba más! Suban, suban dificultosamente las camelias; nada se gana sino en fuerza de constancia; para eso vais á estar luego sobre un hermosísimo vaivén de ondas humanas; pero lo malo es que sois tontas de capirote; ¡ya me lo diríais si fuéseis muchas! La madre-selva; suba, suba esa delicada flor; ¿á ver?

toda te vuelves pétalos; anda á poner espléndido tapiz á alguna reja, y á oir por las noches diálogos de amores y serenatas.» —

Así hablaba y disponía el Ilmo. Sr. D. Jugo de la Tierra, siendo á veces rota su conversación por alguna disputa que estallaba de pronto, lo mismo que si el acto no fuera lo bastante solemne para hacer enmudecer al más valeroso. Bien es verdad que las que así turbaban la ceremonia no eran sino las que formaban el vulgo de las plantas, tales cuales la ortiga, la cerraja y otras, que cada cual pedía pomposas y variadas flores, como si su natural rastrero hubiera de permitirles llevarlas con el debido decoro y elegancia.

—Ya ve el señor de Jugo—decía una berenjena dirigiéndose al dios;—esta señora orgullosota de magnolia pretende valer más que yo.

— No he dicho tal cosa—respondió dignamente la magnolia.

—¡Sí lo ha dicho! Usted, señora mía, todo se vuelve rumbo y fachada; pero si se ve, nada entre dos platos: mientras que yo, yo valgo más, porque soy útil.

—Efectivamente—volvió á decir la magnolia;—usted es prima hermana de la lechu-

ga, sobrina de la col y parienta de la verdolaga.

—Si lo dice en tono de sorna, sepa usted que tanto esas como yo, valemos más que usted, porque servimos para algo.

Aquí debió la magnolia hacer burla de la berenjena, comparándola con una porra de tambor; pero no hubiera sido propio de su dignidad, y solamente abrió sus hojas para dejar asomar una sonrisa.

La berenjena, enarbolando entonces su porra, quiso dar un *chivatazo* á la flor; pero en esto se interpuso el que hacía veces de juez, y administrando á la berenjena un soberano puntapié, exclamó:—¡Vaya noramala la groserota! ¿de dónde ha sacado usted que lo útil es superior á lo bello? ¡Vaya usted á caer en la berza!—Y dirigiéndose á la magnolia:—¡Usted, señora mía, salga, salga á la superficie, y mezca ese soberano cáliz que Dios la ha dado, para encanto de los ojos y orgullo de la misma Flora.

Y todavía siguió murmurando por lo bajo: «¡Vaya con doña *Calvicie*! ¡Pues hombre!».....

Después de este diálogo, venía otro, y luego otro, logrando meter tal confusión en mi cabeza, que dispuesto á no oir más, erguí con tra-

bajo el cuerpo, quitéme las piedrecillas que se me habían clavado en las palmas de las manos, y quedéme abismado ante la espléndida ciudad, la cual, después que hube oído el grandioso concierto debajo de tierra, no sé por qué me pareció cosa la más mezquina y digna de desprecio.

Quise una vez y otra saber á qué obedecía aquel imponente misterio que se verificaba bajo mis plantas, y como no acertara á darme clara razón de ello, púseme de pie, dispuesto á regresar. Al alzar la cabeza, pasóme cosa parecida á la de Newton, con la caída de la manzana. Ello fué que, dando con la frente en las ramas de un almendro, bajo el cual me hallaba, y en el que ni siquiera pude reparar cuando bajo de él tomé asiento, cayó sobre mí tal y tan hermosa nevada de flores, que alzando la vista al arbusto y viéndolo cuajado de yemas, como viendo asimismo cierto musgo que salía cerca de mí á la superficie de la tierra, dije con algún rubor por mi torpeza, remedando á sensible dama que vuelve en sí después de breve desmayo de comedia:

—Al fin lo comprendo todo. ¡Es que la tierra entona su *resurrexit!*

ÍNDICE

